

Revista  
**Rocamadour**  
Historias originales

ISSN 2618-5172

Año I | Número 8  
Octubre 2019

\$65



**Cuento del mes**

“Zugzwang”

por Rodolfo Walsh

**Artículo del mes**

Walsh, modelo para armar

**Autores invitados**

Ruben Llanos | Natalia Tangona

Silvano Novion | Mariana Rojas

# 1º CONCURSO LITERARIO DE CUENTOS CORTOS "MARCO DENEVI"

DEL 1 DE SEPTIEMBRE  
AL 31 DE OCTUBRE

Convocatoria abierta para  
estudiantes de escuelas  
secundarias de Marcos Paz

Primer concurso de cuentos de  
temática libre organizado por

Revista Rocamadour

Cuentos de hasta 4 páginas / Una tablet de 7"  
como primer premio y la oportunidad de ser pu-  
blicado en la revista del mes de diciembre.

Consultá las bases en  
[www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar)



Ediciones Rocamadour

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires, Año 2019

ISSN 2618-5172

[www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar)

Esta revista se terminó de imprimir en octubre de 2019, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Diseño y edición: Alejandro Torres

Corrección de textos: Sergio Ortiz y Alejandro Torres

Suscripciones: Diego Rojas ([diegoparral2017@gmail.com](mailto:diegoparral2017@gmail.com))

Para publicitar con nosotros comunicarse al 1123509958

Suscripción ..... \$50 / Número simple ..... \$65

Imágenes:

Foto de portada: Anónimo

Ilustraciones de los textos de esta edición: Diego Rojas

Anahí la Rocca (Instagram: [anne.draws](https://www.instagram.com/anne.draws))

*"Tanto entonces como ahora creo que el periodismo es libre,  
o es una farsa, sin términos medios."*

## CONTENIDO

### Del lado de allá

Caminando entre bestias (Parte I) .....	por Ruben Llanos	5
5:30 .....	por Celeste Silvero	7
Las cartas (Parte I) .....	por Alejandro Torres	10
El mismo camino .....	por Diego Rojas	17
Comernos .....	por Natalia Tangona	21
Crear .....	por Silvano Novion	21
La fantástica historia / El jardín de la casa .....	por Mariana Rojas	22

### Cuento del mes

Zugzwang .....	por Rodolfo Walsh	23
Walsh, <i>modelo para armar</i> .....	por Redacción Rocamadour	31

### Del lado de acá

Déjà vu en Trafalgar Square .....	por Hugo Canal Bialy	41
Ragnarök .....	por Mauro de Giuseppe	43
Cnosos .....	por Sergio Ortiz	46
Pajaritos .....	por Paula Aros	48
Monte de Leños: Un vals .....	por M. M. Álvarez	49

### Lecturas visuales

La justicia del periodista .....	por Pablo Ortiz	53
----------------------------------	-----------------	----

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

## Prólogo

A cada revista la envuelve un aura, una esencia, que viene solapada al escritor del mes. Desde luego esto no es buscado, cada autor escribe sobre la temática que quiere. Por ejemplo, con Edgar Allan Poe se creó un ambiente turbio, cargado de muerte, que contrarresta al humor típico de Fontanarrosa y al Realismo Mágico de Márquez. Esta revista nos trae la figura de Rodolfo Walsh, y junto a ella su compromiso con la verdad y el periodismo, sin dejar de lado su labor literaria.

La historia nos marca a cada uno de una forma en particular. La esencia de Walsh fue la lucha contra el terrorismo de Estado, lucha hoy olvidada por muchos y recordada por algunos, como Ruben Llanos en su relato *Caminando entre bestias*, donde nos presenta un fugaz retrato de la época. Autor de memoria latente, sabe que para entender el presente hay que conocer el pasado.

Pero, ¿cómo valorar lo que no se conoce? La amnesia avanza progresivamente sobre los argentinos y la resistencia de la memoria viva puede encarnarse en una revista. Walsh, *modelo para armar* es un artículo que reúne -utilizando un marco ficcional- los momentos más turbulentos de la vida de Walsh. También, para contribuir a la reconstrucción de este personaje, el segmento de *Lecturas visuales*, a cargo de Pablo Ortiz, nos acerca algunos homenajes de su vida y obra a través de sus habituales recomendaciones.

Esta edición es especial porque revive los ideales de un escritor emblemático, intelectual y militante en épocas adversas. Rodolfo Walsh será recordado siempre por ser uno de los pocos que no quiso quedarse sin voz en una época muda.

Redacción Rocamadour



## ATENCIÓN, ¡CONVOCATORIA!

Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, esta revista puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas. Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente editado, ilisto a ser publicado! ¿Te animás?

NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web: [www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar).

Mail: [Alejandrotorres\\_lp@hotmail.com](mailto:Alejandrotorres_lp@hotmail.com)

# Caminando entre bestias

## Parte I

Por Ruben Llanos

**O**toño frío y lluvioso este cinco de abril. Corre el año 1978 y son las tres de la tarde. ¿Qué querrá el viejo Claudio? “Es urgente”, dijo cuando me llamó, lo cual me llevó a cerrar la imprenta más temprano e ir a su encuentro. No sé cómo me animé a salir sin paraguas, “Estoy mojado hasta los huesos”. ¿Qué pudo pasar para que mi viejo amigo me llamara tres veces sin explicaciones? Me quema la idea de algo nefasto. Es muy peligroso todo y más con los parapoliciales. Ellos están por todas partes, el estado de derecho brilla por su ausencia. Todos y todas pueden ser blanco de esta locura organizada y siniestra. Solo camino sin mirar los rostros que me rodean ya que todos sabemos que cualquier gesto puede ser interpretado de la peor manera. ¿Qué nos pasó a los argentinos?

Miro a la esquina y veo a mi viejo amigo esperándome ahí, parado bajo el toldo de su librería, fumando, como de costumbre. Me vio y acomodó su corbata. Hizo un ademán para señalarme que entre rápidamente. La incertidumbre me supera, lo que me lleva a apurar los últimos metros hasta el local. Claudio cierra la puerta y baja la persiana, no me asombro ya que el estado general es tratar de pasar lo mas desapercibido posible ante estas bestias. Claudio y su librería tienen cincuenta años. Su padre, miembro de la colectividad judía, la inició por los años veinte y toda la comunidad de Once la atesoró. Todo ahí dentro tiene un perfume especial que solo los libros viejos poseen.

—Por fin llegaste, Juan —dijo después de saludarme con un abrazo—. Pasó a la oficina.

Le hice caso. Lo noté más nervioso que de costumbre. Prende un cigarrillo y me mira.

—Claudio, carajo, decime de una vez qué pasa —dije ya sin soportar más la intriga.

—Muchas cosas, amigo mío. Algunas van a cambiar la historia y otras son complejas y a la

vez muy buenas.

—¿De qué hablás? Traeme un café o algo caliente que estoy empapado.

Salió de la oficina con una taza humeante.

—Juan, vos sos mi amigo, mi hermano, quién sino vos para acompañarme en mi recorrido por todas las comisarías de Capital. Aquella vez las bestias tomaron por asalto a la Facultad de Filosofía y Letras levantando a todos los alumnos de quinto año y entre ellos a mi único sobrino Ricardo.

—Sabés que no me gustan los halagos. Decime lo que me tenés que decir —lo mío fue terminante.

—Está bien, Juan, tenés razón. Pero por todos los motivos que te mencioné es que quiero compartir esto con vos, es una historia increíble.

—Bueno contá de una vez —dije dejándome caer pesadamente en un sillón de mimbre mientras tomaba mi café.

—Todo empezó hace veinte días, a mediados de marzo. Hacía calor y estaba muy húmedo. Yo sabía lo que la humedad hacía en mis libros así que decidí bajar la cortina antes de las siete. Estaba poniendo el postigo cuando noté que alguien miraba con ánimos de pasar. El día había sido poco productivo y un cliente es un cliente, así que lo invité a entrar. Era un hombre más alto de lo habitual, en su porte pude observar que era un verdadero caballero. Era imposible pasar por alto su prolijidad impecable, calculé que no tendría más de sesenta años, también noté que llevaba en su mano un cofre mediano y pesado. Finalmente se presentó: “Me llamo Alberto Marck”. Entonces yo le pregunté qué se le ofrecía en mi humilde negocio. “Sabe, señor, —dijo el hombre— tengo un apremio monetario”, y relató algo increíble. “Yo fui el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, depuesto junto al staff de profesores por la junta militar. Fuimos reclusos, eran mediados de

diciembre durante los exámenes finales cuando empezó el operativo comando. El alumnado rendía mientras yo estaba en mi oficina con miembros del personal revisando los últimos detalles para la reunión de navidad. Patearon las puertas de la rectoría y nos sacaron a punta de fusil. A los profesores que les parecían activistas y a todos los alumnos de quinto año los machacaron a golpes y los cargaron en colectivos. A mí me encerraron por tres días en la oficina de receptoría. La única luz que tenía era una claraboya que me iluminaba de día, el calor era agobiante y el miedo se apoderó de mí por lo que se decía de estas bestias y sus ejecuciones sumariales.

»Con unos trapos había improvisado un catre en el piso. En la sala había un pequeño sanitario con piletita y una canilla donde podía saciar mi sed. Desde el primer día a las doce que traían algo parecido a comida, mi único alimento de la jornada. Vaya a saber qué era pero tenía que alimentarme.

»Cada tanto se escuchaban gritos y ruidos que denotaban el desastre que perpetraban estos ani-

males. Los días que siguieron tuvieron tiempo para torturarme con golpes, amenazas, e insultos. Yo solo me acurruqué a esperar mi fin. En un momento percibo algo inquietante, no pude determinar qué era hasta que lo supe y fue como caer en un abismo de desesperación. Ya no había ningún ruido, era cuestión de tiempo para que vinieran a terminar con su tarea. Miro por la claraboya y deduzco que serían las cinco de la tarde. Una hora más tarde se abre la puerta y entra el teniente al mando y en forma jocosa me anunció que preparara todas mis cosas, que al día siguiente a la misma hora podría irme. “Es su regalo de navidad, disfrútelo yéndose del país”.

»Salvo el personal de limpieza municipal no había ningún alma en la facultad. Serían las siete de la tarde cuando me trajeron mi última comida que esta vez fue muy abundante. Con dolor empecé a guardar todos mis elementos y muchos con su historia propia. Y de pronto siento un ruido extraño que viene del techo. ■

# Distribuidora Pareta

Ventas por mayor y menor en artículos  
de mercería, lencería, lanas, telas,  
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)

(0220) 477-1083 / 6541

[info@distribuidorapareta.com.ar](mailto:info@distribuidorapareta.com.ar)

[www.distribuidorapareta.com.ar](http://www.distribuidorapareta.com.ar)



**5:30**

**Por Celeste Silvero**

**Ilustrado por Anahí La Rocca**

**A**penas puedo entreabrir los ojos para corroborar que el sol aún no se asoma por la ventana. El reloj marca las 5:30, en media hora debería sonar la alarma pero despierto repentinamente, aunque esta vez ese sueño (o pesadilla) que me persigue hace un par de años no fue el interruptor de mi descanso. Siempre recuerdo que me encuentro solo, frente a mi otro yo que quisiera parecer un reflejo pero no lo es. Nunca logré ver con claridad qué llevaba entre sus manos mientras pareciera gritarme sin que pudiera oírlo. Al intentar acercarnos una tormenta de polvo nos envuelve y despierto.

Isabella me confirma en un mensaje a las 3 de la mañana que al final llegaría para almorzar, no sé si emocionarme o esperar una decepción como es costumbre, ella tiene la capacidad de disponer mis sentimientos a su antojo. Aún así no podría privarme de ver cómo aprieta los labios cuando quiere que la bese. La última vez me prometí que ya no la dejaría jugar con mi piel; mentí. Ni yo me creo que voy a dejarla, pero es mi deber y tengo que hacerlo aunque sé que mucho no va a importarle realmente.

Tengo la sensación de que el tiempo transcurre tan lento, sin embargo ya me gasté la media hora que le había ganado a la alarma.

Desayunar en la cama no parece buena opción debido a que al voltear al otro lado de la misma observo, por la rendija de la puerta semiabierta que da al televisor del living, cómo parpadea el mensaje de la Central.

"Buenos días, capitán Kofman, llegó el día de la misión LIFE 050 con destino al planeta rojo. Envío informe sobre el estado de ALFA CEI. En el transcurso del día realizaremos videoconferencia una vez reportada toda la tripulación. Estamos en contacto."

Un escalofrío me recorre la espalda, esperé dos años para esto y ahora quisiera que el tiempo no fuera tan tirano. Al menos puedo disfrutar de mi último café mientras reviso las noticias.

En un abrir y cerrar de ojos se hacen las 10:30 y ya comienzo a recriminarme el haber dicho que haría el almuerzo, pero no puedo evitarlo, necesito lo especial del momento para recordarlo de ahora en más, siempre, antes de dormir.

—Siendo las (mira su reloj) dos de la tarde te recuerdo que no me gustan las despedidas pero

dejaré que me acompañes al auto —dice ella con una sonrisa a fuerza evidente.

Lo peor ya pasó, no tengo padres que despedir, ni hermanos, no conservo nada de mi origen más que el recuerdo de mi infancia, y por suerte nunca adopté alguna mascota a quien tendría que buscarle un nuevo hogar y sufrir por eso, esas cuestiones me las guardo para mí, junto con el día en que perdí a mi mejor amigo (John Stephson) en una misión fallida.

Todo esto viene a mí justo ahora porque no tuve mejor idea que recorrer los alrededores de la ciudad. Si la sargento Wexler se entera me destituye, se nos prohíbe circular ex zonas de guerra. Pero mi nostalgia tiene hambre e incertidumbre, y el tiempo ahora corre a mi favor.

Hace con exactitud 20 años que la guerra por el agua, la poca flora y fauna que nos quedaban comenzó. Dicen que hace 10 que terminó, dicen.

Hace 5 que me enlisté con el único objetivo claro: buscar en otro lado lo que aquí no fuimos capaces de cuidar. No sabré con exactitud si fue lo correcto hasta que los marcianos acepten nuestros tratados.

Ya no queda nada de los verdes parques en los que solíamos jugar con John de niños, el paisaje es tristemente vacío y el polvo gris que se levanta con el viento acompaña. Los pequeños lagos que fueron habitados por flamencos y patos ahora se tiñen de un negro que supera al del cielo nocturno. Casas destruidas tanto como los recuerdos creados en sus jardines. La toxicidad del aire me vuelve dependiente del casco que traigo puesto con un equipo adaptado. Puedo casi experimentar como si estuviese en medio del desierto, muerto de sed pero incapaz de reproducir en mis sentidos la saciedad que produce el agua. Hemos sido capaces de desahuciar a la madre tierra y nos va condenando, desapareciendo, apagando su magia.

Termino el recorrido unos kilómetros antes de llegar a la base, necesito ocultar la evidencia de haber recolectado certezas en mi memoria quedándome con añoranza y rabia.

—¡Hasta que llegas, Kofman! —reprocha Wexler señalando el reloj en el panel.

—No me necesitas hasta que despeguemos, ¿verdad? Pues bueno, a lo que vinimos —contesto seriamente.

Por supuesto, y como se ha planificado todos estos años, la tripulación está completa, predis-



puesta y reina el orden. Comienzan las despedidas y sus rostros reflejan angustias y esperanzas por igual. Estar solo me permite concentrarme, prepararme en paz.

Una vez en la nave, repasamos el protocolo y observamos alrededores por última vez.

Nos encontramos listos para el despegue, pero Cabina Central nos informa que un objeto no identificado ingresa por la atmósfera de la tierra y en breve estará ante nosotros.

—¡Evacuen de inmediato! —se nos ordena imperiosamente.

Obedezco e intento torpemente apurarme en las escaleras para llegar al suelo. Tengo la vista imposibilitada por el descenso de lo que parece una nave.

Estoy al borde de la base de mi nave y diviso a lo lejos otro tripulante que parece gritar e intenta darme algo. Atravieso la polvareda mientras se acerca para encontrarnos.

Desperté repentinamente, otra vez ese sueño (o pesadilla) interrumpía mi descanso, mi vida. El reloj marca las 5.30 y me roba media hora de sue-

**“El reloj marca las 5.30 y me roba media hora de sueño para que corrobore que aún la noche no termina”.**

ño para que corrobore que aún la noche no termina y, también, divague con este asunto que hace un par de años me persigue. Recuerdo que allí me encuentro solo, frente a mí a lo lejos un tripulante que acaba de bajar de su nave. En mis manos una nota de alguien llamado Kofman que advierte sobre una guerra.

Grito desesperadamente que no despegue, lo que tengo que decir salvará nuestros planetas. Parece no oírme, viene hacia mí, y mientras también me acerco a él una tormenta de polvo envuelve nuestro encuentro y despierto. 📺

# UNICO!

MOVIES - MUSIC - GAMES

Belgrano 2107

 011-3920-0424



# Las cartas

Primera parte

Por Alejandro Torres

Ilustrado por Diego Rojas

## PRÓLOGO DE UNA MUERTE SOSTENIDA

**E**ran casi las ocho de la noche; cuando Esteban llegó de la universidad, no pensó que sería la última vez que daría su clase de Historia. Llegó cansado, como los últimos meses tras la dudosa y repentina muerte de Mora Romero, su esposa desde hacía nueve años y el amor de su juventud. Cerró la puerta y puso llave. Era un hábito nuevo, poner llave cada vez que entraba a la casa. Dejó sobre la mesa su maletín y fue directamente a la habitación por una toalla. El perfume de Mora aún podía sentirse, volaba en toda la atmósfera de ese pequeño cuarto. «Qué tortuosos son los momentos en los que uno se encuentra solo consigo mismo en el albor del sinsabor», pensó. Abrió el grifo de agua y esperó que se calentara mientras se quitaba la ropa. Creyó oír un sonido proveniente de la sala, que lo alarmó, pero ignoró aquello por una obviedad: en muchas oportunidades las casas pueden generar más sonidos que la orquesta sinfónica de Londres, y aquella era una casa bastante ruidosa. Ese fue su último acto noble dentro de su amado hábito de hombre común. Al otro día estaría muerto. Amanecería sentado sobre la silla del living con la cabeza y el brazo derecho abatidos encima de la mesa, sosteniendo su antigua Luger sobre un charco de sangre. Fue su hermana Lucía quien lo encontró en aquella penosa situación al día siguiente, en una de sus habituales visitas matutinas donde compartían el desayuno y hablaban hasta el hartazgo; y debió ser ella quien le avise a Julio de aquel trágico incidente.

### I: ACUSE DE RECIBIDO

Julio se encontraba lejos de la puerta cuando llamaron para entregarle una carta proveniente de Buenos Aires. Esto le resultó extraño, ya que ese mismo día, todas las semanas, él recogía su correo en la oficina postal. Esa tarde esperaba pasar para tener noticias de Esteban, con quien se escribía una vez a la semana. La misiva tenía la leyenda *Bråds kandē. Leverans i hand* (Urgente. Entregar en mano), y eso le pareció aún más extraño; más

extraño, todavía, que notar que la carta era de Lucía y no de Esteban:

*Querido hermano:*

*Me veo en la desgracia de informarte que el día de ayer Esteban fue encontrado sin vida en su casa de Banfield. Se suicidó. Me gustaría que pudieses venir a Buenos Aires para su velorio y posterior despedida. No puedo detallar lo sucedido, aún se encuentra el caso en manos de la justicia.*

*Sin más, mi más sincero pésame en esta mutua desgracia.*

*Lucía*

Fue Lucía quien también fue a recibirlo al aeropuerto. Hacía casi cinco años que no se veían; desde que Julio aceptó el trabajo en la Universidad de Lund como profesor de matemáticas. Cuando se vieron, ambos quebraron en llanto, era inevitable, porque ambos guardaban el mejor recuerdo de aquel Esteban de brazos cortos y barba larga; y más triste era pensar en la desgracia que se desató en pocos meses y que acabó por completo con esa pareja que ocupaba la casa de Banfield.

**“Ese fue su último acto noble dentro de su amado hábito de hombre común. Al otro día estaría muerto. Amanecería sentado sobre la silla del living con la cabeza y el brazo derecho abatidos encima de la mesa, sosteniendo su antigua Luger sobre un charco de sangre”.**

# LA CHURRERIA

DE MARCOS PAZ

PASTELERÍA • BOLLERIA • CHOCOLATERÍA

Cafetería  Licuados   
SERVICIO de Mate

## Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate  
Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos  
Churros Bombóm | Churros Salados



## Otras delicias

## Tostados - Berlinesas



## Donuts Pan Dulces!

## Pastelitos

Waffles - Panqueques

Bernardo de Irigoyen 10 | Marcos Paz

# HACE TU ENCARGUE

011 2635-3132



## II: ORDALÍA A LA TORMENTOSA EXISTENCIA

Bebieron hasta tarde esa noche, compartieron anécdotas y recordaron viejos tiempos en la casa familiar de la calle Rodríguez Peña. Era indispensable, sin embargo, tocar el tema de Esteban.

—¿Vos te acordás de cómo se ponía Esteban cuando lo jodíamos porque quería ser arqueólogo? —dijo Lucía.

—Claro que me acuerdo. Le fascinaba tanto la Historia egipcia que mamá le compró el libro de Napoleón, *Description De L'Égypte* —contestó Julio sonriente—. Además, nos encantaba hacer criptogramas durante las noches, hablar en clave entre nosotros para que vos no entendieseis.

—Sí, me acuerdo de que me fastidiaba mucho eso —rió Lucía.

Un silencio seco como aliento de finado cubrió el lugar. Julio bebía la grapa de un trago y Lucía jugaba con el hielo de su vaso, lo hacía brillar con la tenue luz de aquel mortuario paisaje de grandes bibliotecas y libros que callaban sus hojas forradas de polvo.

—¿Tuviste que declarar? —cambió de tema Julio.

Sus caras tomaron un tinte de rosa salmón. Afuera la noche les regalaba un segundo de tranquilidad y los abrazaba en soledad. Lucía seguía tintineando los hielos al compás de su muñeca.

—Sí, hoy por la mañana —se hizo una pausa en la habitación—. Julio, decime la verdad, ¿vos pensás que Esteban se pudo haber suicidado?

—No lo sé. Digo, tenía sus problemas; yo hablaba con él todas las semanas por correo; lo de Mora lo dejó fulminado, pero, ¿llegar a esto, con treinta y seis años? Me parece un poco absurdo. Tan absurdo como el pecado sin dios.

—Sí, a mí también. Yo venía al menos tres veces a la semana, desayunábamos juntos; se lo veía animado pese a todo eso; además, tenía planes: quería hacer un viaje por Medio Oriente, y vos sabes que Esteban no era ningún quedado, si decía que lo iba a hacer, lo hacía.

—Sin embargo, es imposible estar en la cabeza de los demás —dijo Julio—, quizás era todo una pantalla. Quizás estaba más roto de lo que uno cree. ¿Qué te dijo la policía?

—Todo indica que fue un suicidio. Me tocó la

desgracia de encontrarlo en ese penoso escenario apenas pasé la puerta; me costó un poco entrar porque dejó la llave puesta sin traba, algo raro en él. Pero sí, tenía siempre a mano la Luger que le regaló Mora para su primer aniversario, le encantaba. Por eso no me parece descabellado pensar que decidió tomar el camino de la cobardía.

—Cada quien debe disponer de su vida con la perspicacia que lo atañe. —la interrumpió Julio—. El suicidio es tan natural como la muerte misma.

—Es absurdo y frío pensar en someterte a un sufrimiento tan repentino, Julio —le recriminó ella.

—Es absurdo no pensar en tu propia muerte, Luci. Sea por mano propia o porque es el único destino marcado que tenemos en esta tierra.

—Bueno, pero yo creo que tenía motivos para vivir, no estaba solo. Fue bastante egoísta.

—La naturalidad del discernimiento en el ser humano permite ordenar sus cualidades suicidas y emparejarlas con el momento racional de su muerte. Morir dentro de unas horas o morir dentro de unos años, significa lo mismo. Significa morir.

—No me hace bien hablar estas cosas, Julio. Estás hablando de Esteban, tu hermano, no de cualquier persona.

—Está bien, perdoname. Todo esto me tiene a mal traer. ¿No notaste nada raro?, ¿algo fuera de lo común que indique lo contrario a lo que pasó?

—La verdad no; solo lo de la puerta. El maletín estaba sobre la mesa; él estaba desnudo, solo con una toalla en la cintura, imagino que se habrá bañado antes; pero ni siquiera esperó a vestirse, ¿para qué bañarse si ya había tomado la decisión? fuera de eso nada.

—¿Y no lo notaste raro el último tiempo?

—¿Raro cómo? ¡Esteban era raro! Tenía la casa llena de antigüedades; cuadros, esculturas, herramientas medievales. ¡El fanático de siempre!

—Raro en cuanto a la actitud, me refiero. Yo por cartas no podía notar nada más que el trazo de su mano; pero quizás a vos, al verlo más seguido, te dijo algo.

—Puede ser. Hace poco más de un mes me empezó a hablar de Dante otra vez; hacía casi una década que no me hablaba de él; después de lo de este y Mora.

—Ahora que lo mencionás, sí, a mí también me lo nombró en alguna carta. ¿Qué te dijo de él?

—Nada, que le pareció verlo en la universidad: disparates. Dante desapareció por completo, creo que estaba en otra provincia; sé que hizo su vida, pero nada más.

Bebieron otro trago a la luz del insomnio y ambos se fueron a sus habitaciones. Esa noche cavaron un pozo en sus vidas y fraguaron intensamente un oscuro plan de desentierro, llamaron al vacío y lo recogieron con creces en su lecho de triunfo.

Al otro día, Lucía le entregó a Julio una carta sin remitente. "¿Otra carta más?", pensó. Era de Dante, quería verlo; estaba en Banfield.

### III: VERDADES QUE SANGRAN, PERO NO DUELEN

Julio esperaba hacía menos de un cuarto de hora; el café ya estaba frío y el cigarro consumido. Aún pensaba en todo lo ocurrido, y Dante se mostró muy colaborador con la causa. Cuando llegó y le dio un fuerte abrazo, no pudo evitar pensar en tantas cosas.

—No tengo palabras para expresar este dolor —le dijo tras ese fraterno acto.

—Gracias —fue todo lo que Julio pudo decir.

—Todavía me cuesta creerlo. ¿Han tenido alguna noticia de qué lo llevó a la muerte?

—Aún no. No llegó el informe de los hechos, pero dudo que la haya.

—¿Por qué decís eso, Julio?

—Esteban apreciaba demasiado la vida como para quitársela.

—Me atrevo a decir que eso siempre fue de público conocimiento, pero también se puede alegar con sus poéticas fantasías con... bueno, ya sabés. Cualquiera que lo conociera pensaría que su final iba a ser así de dramático.

—Esteban podía estar un poco fuera de este mundo, y aun siendo un poco incomprendido jamás se quitaría la vida. No de esa forma.

—Está bien, Julio, solo trato de que esta situación no te cegue y puedas abordarlo de una manera razonable. "La razón es un medio para llegar a la verdad".

Julio sonrió de inmediato al escuchar eso.

—¿Desde cuándo sos así de escéptico? Siempre fuiste bastante incrédulo para los aforismos.

—Solo fue algo para animarte, después de todo eso hacen los amigos, ¿no?

—Supongo. ¿Esteban y vos todavía conservaban la amistad, pese a lo de Mora?

—Eso quedó atrás, hace más de diez años, Julio; y Mora, bueno Mora...

Dante se tapó la cara con las dos manos, como escondiéndose, mientras Julio lo miraba atento; no pudo evitar sentir pena por él, aún conservaba sentimientos por esa fallida relación de hace una década atrás.

—Lo de Mora nunca se interpuso entre nosotros —cerró Dante, ahora recuperado de su pena y sus lágrimas secas.

—Aun así, vos te fuiste, y después yo. Desde que me mudé a Suecia no supe nada más de vos.

—¿Y qué esperabas que hiciera, Julio? Perdí a mis viejos, no tenía familia, y el que pensaba era un hermano, me dejó solo.

—Yo siempre te consideré un hermano más, y Esteban también...

—Y yo lo consideraba más que un hermano, pero, aun así, él me falló, junto con Mora.

Lo dijo en un tono enojado, se le notaba una vena que le recorría el semblante, seguro que un río de sangre le fluía por esa línea. Pero ¿por qué habría de exaltarse de esa forma?, pensó Julio. Era claro que Esteban y Dante no hablaban desde hacía años, y que lo que Julio creía que había sido un capítulo cerrado no era más que algo ilusorio que prometía arrastrar viejas penas. Aquello lo incomodó un poco, así que procuró cambiar el tema de inmediato, tras un largo y necesario silencio:

—¿Cuándo volviste a Buenos Aires?

Dante estaba ahora en silencio, la sangre había dejado de circular por su frente y estaba más calmado. Evitó la pregunta unos segundos y encendió un cigarrillo mientras miraba por la ventana; le ofreció uno a Julio, pero este hizo un gesto negativo.

—Esta mañana, estoy como asesor de seguros en Córdoba. No suelo venir para acá, pero pensé que quizás ibas a estar vos y podríamos charlar como antes. Ni una mísera carta me mandaste desde que te fuiste. ¿Qué tal te sienta la vida en el exterior?

—Nunca más tuve noticias de vos, Dante; no tenía una dirección, nada. Suecia es un país jodido. Muy recto, no te podés mover un centímetro de tu renglón; pero lo mejor son las minas.

Hablaron durante un largo rato y luego Julio le

hizo la invitación al velorio; quería que esté al menos para verlo por última vez a Esteban. Dante no le prometió nada, pero le dijo que buscaría la forma de hacerlo, después de lo de sus padres no se sentía cómodo en los velorios. Hablarle al féretro, caminar perdidamente por esa sala saludando y consolando desconocidos; absorber las miserias ajenas. Para él, una vez que se iba ya está, se fue. No había necesidad de una despedida ni de ese circo regocijante de hacer circular bandejas con aperitivos; una copa de whisky y listo, a pasar el mal trago, la vida continúa.

Julio le comentó a Lucía sobre el encuentro con Dante. A ambos le resultaba extraño que haya vuelto a aparecer, justo ahora, después de casi diez años, tras la muerte de Esteban. Le comentó también su reacción al mencionar a Esteban y Mora en su discurso, pero era un simple acto de recuerdos.

#### IV: LA INOCENCIA DE ÍCARO

Los informes del hecho finalmente llegaron

ese mismo día; fue el fiscal Sandro Ríos quien llevaba adelante la causa y quien se acercó a la casa de Lucía para informar de los resultados. La carátula del caso estaba referida como "Suicidio". La reconstrucción de los hechos no decía nada nuevo de lo que Lucía le había comentado. Aparentemente Esteban se bañó; aun mojado y con la toalla envuelta en la cintura tomó la Luger que guardaba en un cajón del escritorio ubicado en la habitación, se sentó en la mesa del living y se disparó. La hora del deceso decía que fue a las 20.46, aproximadamente. Solo una vecina de enfrente a la casa de Esteban creyó escuchar un sonido similar al de un disparo; pero no le resultó extraño porque después de ese sórdido sonido nadie en el barrio se alarmó. Sobre la vieja alfombra del temor, la pena y el dolor yacieron. Había muerte donde antes no la había. Una inquietante y espesa sombra aullaba sus nombres irradiando el olvido: el cementerio de la razón. Pero la negación los corrompía. Todo parecía indicar que así había sido. Hasta ahora Julio y Lucía solo querían posponer lo inevitable. No se atrevían a

ESTUDIO



# Diez

arquitectura ■

---

- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.

Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734

estudio10diez@gmail.com

**“Sobre la vieja alfombra del temor, la pena y el dolor yacieron. Había muerte donde antes no la había. Una inquietante y espesa sombra aullaba sus nombres irradiando el olvido: el cementerio de la razón”.**

admitirlo siquiera con el informe de la causa en sus manos.

Velaron a Esteban al día siguiente, la concurrencia fue amplia. Colegas de la universidad, alumnos, amigos de la infancia, y hasta el propio Dante se presentaron al funesto encuentro. La presencia de este último oscurecía todo el ambiente, no sabía por qué le pidió que fuera. Le daba una sensación que le generaba displicencia. Estaba ahí, fumando y bebiendo en soledad, siquiera se acercó al cajón para ver a su amigo después de tantos años. ¿Y si Esteban tenía razón cuando le contó a Lucía que vio a Dante en la universidad? Quiso indagar de nuevo en el asunto, se acercó y este lo miró fríamente mientras echaba el humo del cigarrillo por la boca.

—Finalmente viniste —dijo julio.

—Sí, no quería que pasés solo este momento. Sé lo que se siente perder a un ser querido, y cuando mis padres fallecieron vos estuviste ahí.

—Me había olvidado ya de eso, fue hace tanto.

—Quince años.

Necesitaba hurgar un poco más en su presente, necesitaba algo que lo lleve a creer que había sido él, justificar la muerte de su hermano y no ver la realidad que estaba tan tangible ante los hechos ocurridos.

—¿Cómo te está yendo en Córdoba?, ¿hace cuánto que estás allá? —disparó.

—No me quejo, es un buen trabajo. Pagan bien y hace ya unos cuantos años que estoy en la em-

presa.

—¿Cuántos días libres te dieron para poder quedarte?

—Me quedo hasta el sábado, el domingo a la noche a más tardar tengo que estar de nuevo allá.

—¿Dónde te estás hospedando?

Dante entendió el sesgo de la conversación y sonrió fríamente; hizo una mueca con la boca estirando la punta del labio hacia arriba.

—Te sugiero, Julio, que si tenés que preguntarme algo lo hagas de una vez. No me des vueltas como si fueras un policía.

Julio se sorprendió con la respuesta y se sintió un poco avergonzado.

—Perdoname, Dante, es que no logro entender por qué Esteban haría cosa semejante. Hace unas semanas le mencionó a Lucía que creyó verte en la universidad donde él trabajaba. —insistió sonsacando.

Dante abrió los ojos sorprendido, en signo de nerviosidad; parecía preocupado. Julio por sus adentros generaba todo tipo de preguntas, y hasta acusaciones. Pensó que Dante volaba alto, como Ícaro, como Lucifer. En la antigua Grecia esto era llamado el “mal de Hibris”: la incapacidad de controlar las pasiones que llevan a la desmesura y a trasgredir los límites impuestos por los dioses. Pero jugar a ser Sísifo puede llevar a una condena eterna.

—Eso es ridículo. Llegué ayer, ya te dije. Y vos lo dijiste "creyó". Veo que después de todo seguía siendo el mismo fabulador de siempre; hay cosas que ni los años logran cambiar. No sé para qué me molesté en venir, después de todo esto me parece ridículo. Sabía que lo único que iba a lograr eran acusaciones en mi contra por lo de Mora.

Apagó el cigarro en su vaso y lo dejó sobre una mesita que tenía al lado. Parecía enojado; sin mencionar palabra alguna dio media vuelta y salió a la calle. Julio se quedó parado allí, con la situación en sus manos. Era evidente que a Dante algo le preocupaba, pero ¿qué podía ser? Todo resultaba tan extraño e imposible de probar que por un momento creyó necesario hilvanar todo aquello: ¿Era posible que haya sido quien indujo, o quien asesinó a Esteban? ■





# El mismo camino

Por Diego Rojas

Ilustrado por Anahí La Rocca

**L**e había dicho a su esposa que él se iba a encargar de comprar las cosas necesarias para preparar la cena ya que ella estaba doblando una ropa que había lavado por la tarde, el día se había dispuesto de una forma bastante primaveral para ser agosto. Se hacían las ocho de la noche así que el pequeño almacén que tenía a una cuadra ya había cerrado, “Nunca pasa de las siete”, pensó. Era mejor ir hasta lo de Rubén que eran dos cuadras más, pero él tenía el almacén abierto hasta por lo menos las nueve y media, mucho más un sábado por la noche. Tomó la bicicleta, esas con canasto que compartía con su esposa, y emprendió marcha. Hacía frío, pero no era como el día anterior a la misma hora, podía con una campera y un buzo apaciguar bastante los diez grados, aunque sus manos en contacto con el exterior y sin contar con guantes, decían otra cosa. No aceleró demasiado el pedaleo.

El barrio se veía bastante apagado, aunque el asfalto era impecable a la luz de esos altos palos blancos que se ubicaban cada diez metros marcando perfectamente el camino de cualquiera que los transitase. Dos perros que por lo general se cruzaban en la segunda cuadra esta vez lo vieron pasar desde la comodidad de las rejas de su casa, como si el frío y la misma predisposición del día no les permitiera cumplir su deber de perros guardianes de la cuadra.

Rubén era un señor bastante mayor, lo conocía desde pequeño, casi desde los diez cuando llegaron con su familia al pueblo. Charlaron amablemente por unos minutos luego de que Rubén le proporcionara todo para la cena, algunas cosas con respecto a los resultados de las elecciones próximas y que los niños crecen rápido.

Luego de despedirse tomó el mismo camino, a pesar de que la calle era en contramano, cosa que lo dispuso de mala manera, él no solía hacer esas cosas, siempre tuvo mucho cuidado cuando manejaba hasta incluso con su bicicleta, pero eran cuatro cuadras y no había nadie. Cuando llegó al portón de su casa notó que se había olvidado de comprar algo, casi ingresó de todas maneras, pero le parecía tonto decirle a su mujer que de tres cosas había olvidado una, así que dio la vuelta y se dirigió a lo de Rubén nuevamente.

Con una sonrisa cómplice Rubén lo miraba

desde el mostrador mientras ingresaba al almacén, pero la segunda vez el trámite iba a ser más rápido. Ya con todo lo que tenía que comprar en el canasto de la bicicleta se detuvo dos minutos antes de emprender el regreso como para repasar la pequeña lista que había confeccionado en su mente antes de salir de su casa, estaba todo. Cuando la vuelta estaba emprendida le pareció mala idea cometer la misma imprudencia de ir en contramano dos veces en menos de diez minutos, esta vez iba a pedalear en la calle paralela que se ubicaba a la derecha de su norte. Eran calles similares, con casas, perros y luces amarillas en palos altos y blancos separados por diez metros de distancia uno del otro. Sonreía mientras imaginaba que su mujer no se iba a enterar nunca de su pequeña anécdota de olvido, ella siempre se reía de su mala concentración y memoria, pero esta vez no le iba a dar la oportunidad de burlarse de él.

Casi distraídamente dobló a su derecha luego de contar cuatro cuadras, y su casa se ubicaría a doscientos metros más, pero cuando ya había hecho cien de los dichos metros notó que había algo diferente, le costó reconocer el lugar, faltaba la casa de Adrián en la esquina. Pensó que segura-

**“La historia se volvía a repetir, casas que no eran de sus vecinos, veredas irreconocibles y asfaltos nuevos que parecían recientemente confeccionados”.**

te dobló una cuadra antes, volvió sobre su marcha, para no ir a contramano, e hizo una cuadra más para otra vez doblar a la derecha de la misma. Pero tuvo la misma sensación de no sentirse familiar con la ubicación. Esta vez no iba a volver por la misma cuadra para evitar encontrarse a contramano del nulo tránsito. Hizo una cuadra

más en la misma dirección para luego doblar a la izquierda y así rodear su casa por el lado contrario. Una cuadra más y a la izquierda según lo planeado, pero no era la cuadra de su casa, faltaban cosas evidentes, como el barrilete colgado de unos cables que se le había atorado al hijo de Marcelo hacia ya tres semanas atrás, o los jazmines que doña Isabel tenía en el jardín de enfrente. Así que ya un poco molesto por la tontería de equivocarse dos veces de cuadas ingresó por la calle siguiente a su izquierda para retroceder los metros necesarios hasta llegar a su destino. Era imposible que se hubiese pasado más de dos cuadas en una distracción, así que solo cinco lo separarían de la esquina de su casa. Cuadas que en cuestión de minutos había logrado transitar, y la historia se volvía a repetir, casas que no eran de sus vecinos, veredas irreconocibles y asfaltos nuevos que parecían recientemente confeccionados. Decidió volver a lo de Rubén y así quizás poder ubicarse mejor, contó las cuadas en su cabeza e hizo exactamente las mismas hacia atrás, prestando minuciosa atención, entrecerrando los ojos como buscando la perfección en la tarea realizada. A la vuelta de la séptima cuadra (según su cuenta) ya tendría que poder divisar las pequeñas luces que identifican casi a cien metros el inconfundible almacén, aceleró el pedaleo y su corazón con el mismo, pero a medida que los metros disminuían consigo la esperanza de poder dar con el lugar. Las siguientes maniobras fueron aleatorias, dobló un par de veces a la derecha, luego a la izquierda, seis cuadas derecho. Las calles se encontraban totalmente desiertas y el frío cada vez se hacía más y más intenso, los dedos poco a poco se le fueron entumeciendo y le fue imposible continuar la marcha en bicicleta. Dejó su fiel corcel apoyado en un poste de luz y continuó caminado para tratar de encontrar, ya a esa altura, cualquier cosa que pueda ligarlo con su casa, o quizás con lo de Rubén, en busca de una ayuda u orientación.

Las manos en los bolsillos le parecían ya un acto más adecuado para la protección del frío que azotaba la noche, quizá ya habían pasado dos horas desde que volvió a salir de su casa por segunda vez, se replanteó la situación mientras seguía a paso lento caminando por la vereda, esta vez ya sin doblar, ni a la izquierda doscientos metros, ni a la derecha quinientos metros, solo un

**“Comenzó a sentir un profundo cansancio y pensó en su mujer que de seguro estaría muy preocupada por él, ya habían pasado quién sabe cuántas horas y había transitado ya quién sabe cuántos kilómetros”.**

recto camino que en algún momento lo iba a conducir a algún lado familiar.

El primer cambio que notó fueron las calles que en algún momento de su larga caminata se habían vuelto de tierra, y las veredas poco a poco se estaban volviendo más y más intransitables y angostas. Los palos altos y blancos adornados con luces en sus extremos se empezaron a espaciar, primero se ubicaban cada veinte metros, luego cada cincuenta, en un momento a medida que las horas seguían pasando se posaban cada cien metros, luego de unos kilómetros cada doscientos, y cuando la noche se ponía oscura y nublada, tuvo que empezar a caminar por el centro de las calles, dado que las luces terminaban y quizás con suerte se volvían a ver cada quinientos metros. Comenzó a sentir un profundo cansancio y pensó en su mujer que de seguro estaría muy preocupada por él, ya habían pasado quién sabe cuántas horas y había transitado ya quién sabe cuántos kilómetros.

La espera por la siguiente luz se hacía eterna, y a veces tenía que acelerar el ritmo de la caminata porque la oscuridad lo desesperaba, no podía llegar a ver las palmas de sus manos, que en un momento empezó a dudar que las siguiera teniendo. Poco a poco fue perdiendo la esperanza de encontrar siquiera un lugar donde descansar los

pies y la espalda un momento y ya hacía varios kilómetros que esas luces amarillas no se le presentaban de ninguna manera en el camino. En su cabeza la idea de haberse perdido para siempre lo había invadido, ya ni siquiera sentía frío, fue dejando caer sus pesadas prendas, primero su campera que parecía haberse mojado con el rocío de la noche y pesaba demasiado para seguir llevándola consigo, luego el buzo, se le había pegado al cuerpo y se le estaba haciendo dificultoso respirar con él. De a poco fue sintiendo que las zapatillas se le estaban rompiendo y le estaban estorbando para seguir paso con ellas, así que desistió de las mismas y entre el barro que la fina llovizna provocaba y el frío que ya no podía sentir, su marcha no se detuvo, su recta marcha empinada de a ratos, de a otros cuesta arriba, pero siempre en la oscuridad. No llegaba a ver la luna que seguramente se había extinto entre tantas nubes grises, y su única guía eran lo que él consideró entre tanta oscuridad los extremos de las calles.

En un cálculo rápido que realizó mientras caminaba, habían pasado ya tres días de la última vez que había visto a su esposa o que había comido algo. El agua que caía del cielo le proporcionaba la única bebida que ingería entre tanto caminar, el sol no asomaba nunca, lo que le dificultaba mucho más contar el tiempo que transcurría en destino a ninguna parte.

En una de esas noches o día quizás, en el cual tal vez ya tan acostumbrado a la oscuridad pudo ver sus palmas de nuevo, estaban arrugadas y la falta de comida había hecho que la piel se le pega-

se a los huesos de una manera muy peculiar. De repente también empezó a divisar sus pies, el tono de luz era amarillo. Ya sentía sus manos de nuevo y tocaba su rostro cubierto de una barba muy prominente, los ojos estaban muy acostumbrados a la oscuridad, así que la luz amarilla que parecía estar a unos trescientos metros le hacían doler las retinas, pero por fin podía divisar luz, esa amarillenta luz que los postes blancos tenían en sus extremos hacía un tiempo. Intentó correr pero sus pies no le respondían, entonces un trote torpe se apoderó de su cuerpo para dar con la luminosidad de ese poste que ya se posaba a solo diez metros. Volteó la vista a sus pies y tenía puestas las zapatillas que hacía no sé cuántas semanas había dejado en el camino tras estropearse, sus manos tenían de nuevo el color y la vigorosidad que las caracterizaban, también notó que ya no estaba tan cansado y que su pesada campera posaba de nuevo en sus hombros. Caminó unos metros más después del poste de luz y pudo dar con el almacén de Rubén, en su bicicletero posaba la bicicleta que compartía con su esposa, ingresó al local, Rubén le sonrió como siempre, le facilitó las cosas para la cena, charlaron unos minutos sobre las próximas elecciones y de que los chicos crecen muy rápido. Se subió a su bicicleta y tomó el mismo camino a pesar de ir a contramano, hizo dos cuerdas dobló a la derecha y llegó a portón de su casa para darse cuenta que se había olvidado una de las tres cosas que había confeccionado en la lista de su cabeza, así que dio la vuelta y volvió a salir por el mismo camino. ■



# IMAGEN actual

## Peluquería unisex

Martes a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059

# Comernos

Por Natalia Tangona

**E**n agosto muero y nazco. Así de simple. Odio el viento de agosto y secarme en él hasta curtirme de puna. Mis manos se arrugan, quiebran, se disecan como pasas, hasta volverse las manos de mi despreciable madre. Ya no intento negar en ellas la presencia que duele.

Cuando muero siento temor de no volver a nacer. Es sabido que “agosto se los lleva” —también la Gendarmería Nacional. A mí, agosto me saca a pasear por la fuerza a los pasadizos más oscuros de la tierra en un apretado y frío silencio-envuelto en el Río Chubut. En agosto muero todas mis muertes y me aferro desesperadamente a la memoria de haber nacido mil veces en septiembre, con aroma a jazmín chino, o en octubre, con sabor a frutillas.

Me sujeto a las raíces del árbol de paltas de la abuela de mi hija mayor y, desde la negra garganta del mundo, suelo quedarme embobada observando los abundantes frutos que parecieran estar a punto de caerse de cada rama exuberante hacia el vacío. La espera sostiene mis muertes, va apuntalando los escalones de una escalera idéntica a las escaleras de pan de las mesas del día de los muertos, en noviembre. Como y me como, subo, me caigo y subo. Caduco crónicas silbadas hacia alguna de mis patagonias.

A la abuela de Azul la conocí cuando quedé

embarazada. Me fui a vivir a su casa y toda la gestación fue un período de conocimiento entre nosotras. Nunca cociné y comí tanto en ninguna otra etapa de mi vida. Nunca antes había comido palta, o picante de pollo, o chuño, o sopa de maní, ni consideré cocinar para la tierra o para los muertos como una necesidad de memoria familiar y colectiva, ni me había detenido a entender mis recelos y topetazos con el maldito agosto. ¿Por qué no concebir la muerte como una mariposa revoloteando lo que somos, como alimento, como pan, como una nota en el tiempo, como una porción del cuerpo?

Mi cuerpo posee una memoria implacable. Tiembla de miedo con cada filoso soplado del mes que embiste contra su porción de muerte. Se convierte en piedra gastada y violenta hasta desarmarse en un terrón de tierra. Mi cuerpo se desvanece en la mesa del quirófano del agosto en que aborté y se despierta en la mesa del quirófano de otro agosto en que parí. Este cuerpo y estas muertes me han enseñado a digerir el alimento de la memoria y de las (des)apariciones de las que estamos hechos. Agosto mete cizaña apostando en falso contra mi nacimiento y se traiciona: comernos la vida y la muerte nos vuelve raíz y resistencia al saqueo de la historia que impulsa el despertar de nuestros pies. ■

# Creer

Por Silvano Novion

**M**ientras escuchaba lo que me decía pensaba, no puedo creerle. Lo que contaba no tenía sentido. Tenía una hormiga colorada sobre la rodilla justo cuando disfrutaba de un cigarrillo barato. Comenzó a hablarme sin presentarse ni saludarme antes. Me decía: —Hemos inventado

otra palabra, y lo loco es que esto no sucedía desde hacía bastante tiempos.

Yo no podía verle bien la cara, tan pequeña, porque me faltaban los anteojos. Le pregunté cuál era esa palabra y me dijo: —No tiene aún traducción al argento-español. ¡No te creo!, le contesté.

Le voy a preguntar a otra hormiga. Me dijo, moviendo las patas delanteras, que tenía que ser una de ellas, de la misma especie y del mismo nido.

Mientras ella continuaba hablando, haciendo aclaraciones sobre los caminos de hormigas, que pueden ser parecidos, pero nunca iguales, comparaciones con las negras podadoras y otras informaciones útiles, noté que siempre hablaba en plural. La interrumpí y le comenté mi apreciación. Sí, me contestó, en realidad estás hablando con nosotras, con todas nosotras. No le puedo creer, pensé, y recordé otra charla desquiciada que tuve hace muchos años, una tarde de primavera en una plaza de París. Yo estaba tomando unos mates y tratando de leer *Le Monde Diplomatique* cuando se acercó un muchacho un poco mayor que yo. ¡Argentino!, me dijo. Podría ser uruguayo, le dije. Por la yerba sos argentino. Querés uno, le dije. Aceptó. ¿Y vos quién sos? Rocamadour, hijo de La Maga.

Hablaba con ese acento que tenía Julio. No podés serlo porque... (y acá hago un paréntesis. No quiero decir lo que sé por miedo a que alguien sepa la historia de Rocamadour antes de leer Rayuela)... por eso no te creo. Me miró fijamente y me dijo: La Maga se habría enamorado de vos. Me quedé sin palabras. Yo amaba a La Maga, tanto que siempre busqué mujeres que se pareciesen a ella y nunca pude encontrar una tan sólo parecida. Le pregunté cómo era ella, el olor de su sudor y cómo pronunciaba la r. Nos fuimos por los bares, tomamos vino, fumamos tabaco negro. Me contó todo. Desperté al amanecer sentado en un banco del metro, solo. Perdí el mate, la yerba y el termo.

Volví del recuerdo. La hormiga continuaba con esa charla tan interesante. Le dije que me tenía que ir, que otro día la seguíamos. Que si no la encontraba a ella la continuaba con otra. Aclaré, con otra del mismo nido. Entendiste todo, me dijo, a lo que le respondí: no creas. ■

# La fantástica historia

# En el jardín de la casa

Por Mariana Rojas

La fantástica historia de querer tener un amigo para contarle lo que no se cuenta a nadie y llamarle "mejor amigo" el día que se pactó.

Parece muy simple...

Yo no soy fácil pero he soñado la vida con cambiar,

He ido lejos de a montones y he vuelto sola para variar.

Llego a pensar que eso de un amigo no es para cualquiera.

Juega de ilusión y tristeza fui partícipe de anécdotas inolvidables y no me quedó ninguno.

La fantástica historia de tener un buen amigo se quedó para la historia.

No creo seguir intentando porque ya no me queda tanto rato ni me sobran tantas ganas.

Yo fui buen amigo aunque a veces no sirva ni alcance no me arrepiento.

Me ansío para ti brillante y resplandeciente con mi color de cabello y mis pies flacos y limpios.

Me exalto para ti en el jardín de la casa, sobre el pasto verde se me posan los insectos y los echo con maldiciones.

Me ansío para ti en la noche ensombrecida con los ojos diurnos no me doy por vencida, me encarnizo para ti y en el jardín de la casa ya no crecen ni las hierbas, yo planeo verte esta vez es seguro.

Las luciérnagas iluminan el improvisado escenario los grillos cantan la canción de rutina.

Me desespero para ti, no me sobran los motivos, brillante y resplandeciente el espejo no me ayuda y mis pies flacos y limpios se cansan de esperarte, los insectos cansados de mi voz, no vienen.

En el jardín de la casa me veo con demasiadas emociones, esta noche está más clara y hoy sí voy a verte. ■

# Zugzwang (1957)

Por Rodolfo Walsh



**P**obre comisario Laurenzi! Las cosas que me ha tenido que aguantar... ¿Cuánto, tiempo, por ejemplo, hace que vengo explotando sus recuerdos? Él sólo habla, yo escribo. “No hay bicho más peligroso que el hombre que escribe”, suele decir mirándome de reojo. “Explota a los amigos, se explota a sí mismo, explota hasta las piedras. ¿Hay algo sagrado para él? ¿Hay algo intocable para él? ¿Conoce la piedad? ¿Conoce la simple decencia? No. Y todo por ver su nombre en alguna parte. Gente rara...”

Cuando el comisario Laurenzi se pone así, yo me limito a sonreír. Siempre he sostenido que cada hombre lleva adentro un demonio, y a veces más.

En el bar Rivadavia, donde nos encontramos casi todas las noches, se juega a muchas cosas. El comisario prefiere el casín. Yo prefiero el ajedrez.

De esta irreductible diferencia ha salido de

todo: desde el patético mate Pastor hasta el más feroz desparramo de bochas y palitos.

Ante el tablero, el comisario practica un juego solapado y simple. Quiero decir que cultiva la agachada y el garrotazo por la espalda. Serio, impávido, paquidérmico, hasta que lo calza a uno. Entonces le brillan los ojitos, se vuelve sentencioso y sobrador, menciona a una misteriosa tía Euclida que le enseñó a jugar lo poco que sabe... A esa altura de las cosas, aún se puede abandonar la partida con dignidad. Si uno engrana, las carcajadas del comisario atronarán el café, sus dichos encenderán la sonrisa de los mozos, acudirán los eternos mirones, comentarán lo perdido que está uno, ensayarán presuntas jugadas salvadoras.

—¡No joroben, por favor! —grita entonces uno—. ¡Los de afuera son de palo!

Y mueve. Y pierde. Con la sutil satisfacción de equivocarse solo.

—¡Je, afeitado y sin visita! —comenta entonces el comisario, sonriendo modestamente, y mira a su alrededor como invitando a que todos miren. Si lo dejan, en esos momentos de euforia, hasta es capaz de pagar un café.

Claro que éste no es el desarrollo normal de los acontecimientos. Las estadísticas demuestran que me gana una vez de cada cinco que jugamos. Anoche, por ejemplo, lo maté en pocas.

—¡Mueva algo! —le dije con fina ironía.

—No puedo —se quejó—. Cualquier cosa que muevo, pierdo.

—Está en posición de zugzwang —le advertí.

—Claro, en zaguán... Supiera lo cansado que me siento esta noche —aclaró bostezando ostentosamente y garriendo con un delicado movimiento de la mano izquierda sus derrotadas piezas—. Me ha ganado una buena partida.

—Le he dado una buena paliza —dije sin misericordia.

—No crea... No crea que no. La vida tiene situaciones curiosas —dijo Laurenzi, después de consolarse con una grapa doble—. Posiciones de zaguán, como usted dice.

—¡Zugzwang, comisario!

—Eso mismo —respondió sin inmutarse—. Porque, vamos a ver, usted que es leído, ¿qué es una posición de zaguán?

—La posición de zugzwang —expliqué— es en ajedrez aquella en que se pierde por estar obligado a jugar. Se pierde, porque cualquier movida que uno haga es mala. Se pierde, no por lo que hizo el contrario, sino por lo que uno está obligado a hacer. Se pierde porque uno no puede, como en el póker, decir “paso” y dejar que juegue el otro. Se pierde porque...

—Basta, m’hijo, si yo entiendo. ¿No acabo de verlo? Yo le pedí una definición, y usted me da seis o siete. Pero una es bonita. *Se pierde porque cualquier cosa que uno haga está mal.* En la vida también.

—Salute, comisario. ¿Y eso?

—Vea, es muy simple. Suponga que ante una situación hay dos modos opuestos de obrar: A y B. Normalmente, si A es bueno, B será malo, y viceversa. Es claro como el agua. Pero, a veces, A es malo y B también es malo.

—¿Y qué es bueno, comisario?

—Nada —dijo tristemente—. Nada... Es una historia larga y absurda —murmuró Laurenzi acariciándose el bigote—. Pero tiene algo que ver con esa partida que usted me acaba de ganar, y por eso se la cuento.

”Yo vengo aquí desde que usted es un chico. Hace veinte años ya se jugaba al ajedrez en estas mesas. Ese lenguaje que usted oye, esas frases hechas que no escucharía en ninguna otra parte, esos chistes que nadie de afuera entendería, se han ido formando con el tiempo. Una costumbre, una comodidad, un vínculo borroso pero fuerte...”

—Una tradición —interrumpí.

—Ríase, si quiere. Ése era el esquema. El contenido es un cúmulo de cosas que trascienden el juego. Aquí han venido hombres tristes, hombres oscuros, hombres preocupados, hombres que iban a tomar alguna tremenda decisión. ¿Los hubiera descubierto usted, con una sola mirada?

—Es imposible —admití—. Nadie nos reconoce con una sola mirada. Hacen falta tantas miradas, y tantas palabras, y tanta superfluidad de gestos, y...

—Entonces no me interrumpa —dijo con hostilidad, que no acerté a explicar—. Era —prosiguió sin transición— un hombre canoso, delgado, que conversaba muy poco. Por esa época, y le habló

de quince años atrás, tendría alrededor de sesenta. Siempre lo vi con el mismo traje, pero impecablemente limpio y planchado. También usaba bastón, un viejo bastón de madera bruñida y lisa, de punta ferrada. Le menciono el detalle porque eventualmente supe que era un arma más peligrosa de lo que parecía. Lo usaba, dijo, para defenderse de los muchachos, de las patotas... Quién sabe.

”Al ajedrez no jugaba nunca, pero daba la impresión de entender, porque recorría todas las mesas con cara de inteligente, y si le preguntaban, respondía con una jugada exacta.

”Me parece estar viéndolo, apoyado en su bastón, con la cabeza imperceptiblemente ladeada, en desorden el cabello acerado, los ojos claros y luminosos, y el aspecto de una sonrisa en los labios.

”Llegaba a una hora fija, saludaba, caminaba entre las mesas, miraba las partidas, saludaba, se iba. No se daba con nadie. Los demás lo tenían por un excéntrico. Pero a mí, usted sabe, siempre me han interesado los viejitos raros.

”Tardé tres meses en pasar del saludo a una conversación sobre el tiempo. Tardé seis meses más en averiguar su nombre —se llamaba Aguirre— y algo de su vida. Por esa época me dedicaba treinta segundos al entrar, antes de ir a ver los juegos. Fue una felicidad para mí el día que pude sentarlo a tomar un café. Yo acababa de retirarme de la policía —explicó con una mueca— y sentía ya ese tedio, ese fastidio que me impulsa a hablar de cualquier cosa, con cualquiera.

“Una de las primeras cosas que le pregunté era

**“—Vea, es muy simple. Suponga que ante una situación cualquiera hay dos modos opuestos de obrar: A y B. Normalmente, si A es bueno, B será malo, y viceversa. Es claro como el agua. Pero, a veces, A es malo y B también es malo”.**



por qué no jugaba al ajedrez. Enrojeció. Entonces comprendí que lo que yo había tomado por orgullo era una exagerada timidez.

”—juego por correspondencia —me dijo.

”—¿Cómo es eso?

”—Muy simple. Hay una federación internacional de ajedrez por correspondencia. Usted pide que le designen un rival de su misma fuerza. Ellos le dan la dirección de ese rival, que puede estar en Nicaragua, o en Australia o en Bélgica, y usted le escribe indicándole cuál es su primera jugada. Él contesta y de ese modo se entabla la partida, que puede durar meses o años, según el tiempo que tardan en llegar las cartas. La más larga que yo jugué duró cuatro años y medio. Con un pescador de Hong Kong.

”—Y en esa correspondencia —pregunté—, ¿no hacen más que anotar las jugadas?, ¿o hablan también de otras cosas?

”—Por lo general hablamos de otras cosas, si tenemos un idioma en común, además de la anotación ajedrecística, que es prácticamente universal. En este momento, por ejemplo, puedo decirle con

más exactitud que los diarios cuál es la situación en Asia, merced al pescador de Hong Kong. Algún día le mostraré mis partidas.”

El comisario Laurenzi hizo una pausa, pidió otro café y encendió un cigarrillo negro.

—Entre la promesa y el cumplimiento de la promesa —prosiguió luego— pasaron varios meses. Un día me invitó a su casa. Su casa era una simple habitación amueblada en una especie de hotel. Había orden allí, pero un orden producto de la voluntad y no del entusiasmo. No sé si usted me entiende. Un cuarto refleja de algún modo el carácter de quien lo ocupa. Y aquí, para darle un ejemplo, los libros estaban escrupulosamente alineados en sus estantes, pero debajo del ropero se adivinaban unas sombras verdosas que, lamentado decirlo, eran botellas vacías. Y un almanaque, en un rincón, eternizaba el mes de noviembre de 1907. Pequeñas cosas, por supuesto, pero yo tengo el hábito profesional de observarlas... Y luego, ese rostro de mujer. Era lo primero que uno descubría al entrar. Estaba puesto de tal manera sobre el escritorio, la luz de la ventana lo ilumina-



*El Establo*

**Vaquería Unisex**

**Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722**

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

**Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30**

**“Un cuarto refleja de algún modo el carácter de quien lo ocupa. Y aquí, para darle un ejemplo, los libros estaban escrupulosamente alineados en sus estantes, pero debajo del ropero se adivinaban unas sombras verdosas que, lamento decirlo, eran botellas vacías.”**

ba con tan delicada precisión, que usted no podía dejar de ver, y padecer, en el acto, ese rostro, que era el de una vieja fotografía, que era el fantasma de un tiempo muerto y amarillo, sueño del polvo retornado al polvo, pero conmovedoramente joven y hermoso todavía...

—Comisario —le recordé—, las ordenanzas de la Policía Federal le prohíben hablar de ese modo.

—Era, había sido, su mujer —prosiguió sin hacerme caso—, María Isabel... Usted sabe lo feas que son en general las viejas fotos. Pero ésta no, porque había sido sacada al aire libre, en una hamaca al pie de un árbol, y la muchacha no tenía uno de aquellos atroces sombreros de antaño, y el árbol estaba florecido y una extraña luminosidad iluminaba el ambiente.

—Se enamoró de ella —provoqué.

—¿Qué queda de los muertos? —dijo—. Porque ella estaba muerta, y su lugar exacto en el tiempo sólo por una piadosa ficción podía mi amigo abstraerlo de aquel mes de noviembre de 1907 en que ella se tiró bajo un tren. Mi amigo quedó solo, y entonces supe cuál era ese resorte que yo instintivamente sospechaba en él, y que venía buscando

con esa tenacidad de perro de presa que a veces me avergüenza.

—¿Por qué se mató?

—Por una de esas historias fútiles y antiguas. Un hombre la conquistó y la abandonó y luego se fue. Ella no encontró otra salida.

—¿Y el seductor?

—Era un extranjero. Volvió a su país. Ella no dijo su nombre a nadie. Pero todo o casi todo se supo después, por una de esas fabulosas casualidades. Aquella tarde en que Aguirre me invitó a su casa, fue para mostrarme una partida por correspondencia que había iniciado poco antes, y que lo tenía muy preocupado.

—No sé cómo me he metido en esto —dijo—. Conozco la posición como la palma de la mano, y sé que estoy perdido. Es más, esta partida se ha jugado antes. Puedo señalarle la página exacta del Griffiths en que figura, con una o dos transposiciones, y decirle quiénes la jugaron y en qué año. A primera vista, usted no observa gran cosa: es una lucha equilibrada. Pero dentro de ocho movidas, no tendré qué jugar, habré llegado a una típica posición de zugzwang. Y sin haber cambiado una sola pieza. Es para morir de risa.

—Pero si usted conocía la partida —inquirí, extrañado—, ¿por qué entró en esa variante?

—Ahí está, ahí está —dijo agriamente. Eso es lo que me subleva. Usted ve la trampa, y puede escapar, pero más que la fuga le interesa el mecanismo de la trampa, le fascina la cerrada perfección de la trampa, aunque usted sea la víctima, y arriesga un pie, y luego el otro, para comprobar cómo funciona, y luego es tarde...

—Pero —insistí— ¿cómo sabe que su rival verá todas las jugadas justas?

—Las verá, estoy seguro —contestó sonriendo con alegría. Es un lince. Es un diablo. Y además, él también conoce la partida.

—Muéstreme las cartas —dije en un súbito impulso.

—Titubeó. Pero luego me trajo una carpeta con toda la correspondencia: las cartas de su enemigo, y copias en carbónico de las suyas. Me gustaría que usted, Hernández, hubiera visto esa carpeta. Las primeras comunicaciones eran formales, lacónicas. Apenas una presentación y luego: *Mi primera jugada es P4R. O bien: Acuso recibo de su 1.P4R. Contesto: 1.P4AD*. Pero luego esa mínima relación se iba ampliando, desarrollando.

Por debajo del frío esquema del juego aparecían los rasgos individuales, las personas. Un día era mi amigo que se excusaba por una demora en responder y mencionaba una breve enfermedad. Luego era el Otro, que se interesaba por su salud y hablaba del clima de su país, de su ciudad. Lentamente surgían recuerdos, preferencias, opiniones.

”De ese modo, yo también pude conocer al Otro. Era un escocés de Glasgow, con un nombre teatral: Finn Redwolf. Se retrataba con gracia. Ahora, decía, era un viejo achacoso y reumático, pero en su juventud había sido irresistible para las mujeres y temible para los hombres. Había estado en casi todo el mundo: el Congo, Egipto, Birmania... *¿Argentina? Sure, fine country. I have been there too.*

”Recuerdo que esta admisión de haber estado aquí no aparecía hasta el final de la octava carta de Redwolf. En la décima, daba algunos detalles: estuvo trabajando como ingeniero en los ferrocarriles ingleses entre 1905 y 1907. Se divirtió muchísimo —agregaba en la decimosexta—, a pesar de algunos contratiempos. Había una muchacha, por ejemplo... Alfil-cuatro-alfil, jaque.

”Durante seis meses, mi amigo no apareció por el café. Entonces fui a verlo. Llamé a su puerta y no me contestó. Entré lo mismo. Lo vi sentado ante un tablero, absorto. Sobre la mesa había cuatro cartas más, escritas con la prolija letra de Redwolf.

”A esta altura de las cosas, la partida se había transformado en una lenta crucifixión. Ya no era un juego: era algo que daba escalofríos. Y Redwolf parecía gozar desmesuradamente. Su jugada es la mejor, pero no sirve, repetía en cada carta, como un estribillo. Una jactancia sin límites se desprendía de sus comentarios y de su análisis. Lo tenía todo previsto, todo. Sin darme cuenta, yo también empecé a odiarlo. ¿Cómo sería, cómo había sido en su juventud aquel anciano reumático que en una brumosa isla, a miles de kilómetros de distancia, sonreía ahora maliciosamente? Lo imaginé alto, lo imaginé atlético, tal vez pelirrojo, con un rostro flaco y alargado y duro y hermoso, con pequeños ojos verdes y crueles...

”Pero había algo peor, algo indefinible y siniestro, algo que se parecía —diría yo— a una segunda partida simétrica e igualmente predestinada. El

*otro* plano, ¿comprende? El plano personal, desenvuelto en lucha. Al principio me resistía a creerlo, porque era tan absurdo, pero luego tuve que rendirme a la evidencia. Había animosidad allí, había un rencor instintivo de ambos lados. Y ese conflicto tenía misteriosas correspondencias con la partida de ajedrez, tenía su mismo *crescendo*, idénticos augurios de catástrofe y aplastamiento. Era como si Redwolf, llevado por una de esas manías de los viejos y los solitarios, no se conformara con ganar sobre el tablero; como si le quedara otra instancia superior que dirimir y adjudicarse. Era un tempestuoso. Era, y usted sabe las reservas con que yo uso esta palabra, un malvado. En cada una de sus frases latía un sarcasmo. Pero había que desmenuzar la frase para encontrar el sarcasmo, y eso lo había doblemente doloroso. ¡Ah, si mi amigo no hubiera sido tan inteligente! Pero Redwolf desplegaba su vida como una bandera, y desafiaba. ¿Qué no había hecho él? Hablaba de los tigres que cazó en Asia, de las negras que violó en Kenia, de los indios que mató a tiros en la Guayana. A veces parecía inventar, aunque sus referencias eran siempre muy exactas. Y de tanto en tanto, como un leitmotiv, surgía el recuerdo de sus dos años en la Argentina, a comienzos de siglo. También aquí (decía) lo habían querido las mujeres. ‘Una sobre todo. Pero tuve que dejarla, usted comprende. Fue un lío’. *Lisbeth, I called her. Or Lizzie.* La llamaba Lisbeth; a veces Lizzie.

”Aguirre se defendía del mejor modo posible. Escatimaba detalles de su pasado. Pero el otro volvía a la carga. ‘Cuénteme algo de usted. Su país habrá progresado mucho. Dejamos buenos

**“A esta altura de las cosas, la partida se había transformado en una lenta crucifixión. Ya no era un juego: era algo que daba escalofríos”.**

*Andorra's*

RESTO

☎ 011-5199-3930

f Andorra Marcos Paz Resto

@ Andorra.MarcosPaz.Resto

INDEPENDENCIA 462 -- MARCOS PAZ

♦  
VISITANOS DONDE VOS PREFIERAS  
TODOS LOS DIAS DESDE LAS 08.00  
HASTA LAS 24.00.  
♦



*Andorra's*

☎ 011-5031-5938

f Andorra El bodegón del Pueblo

@ Andorra.Elbodegon.del.Pueblo

BELGRANO Y PELLEGRINI -- MARCOS PAZ

ferrocarriles allí. A propósito, ¿por qué abandona la partida? *You are lost, you know*. Está perdido.’

”Luego recaía en la crónica de sus amores. *Lizzie tenía ojos muy hermosos, indolentes y serios. Sus ojos se arrepentían de sus labios*. Y no sólo de sus labios. Redwolf, impávido, degradaba con sutiles indecencias el viejo tiempo muerto. Componía abominables juegos de palabras (*lazy Lizzie*), retruécanos, jactancias. Era toda una técnica suya. El plano personal había pasado a primer término. Empezaba por arrasarlo todo en ese plano, y luego en la última línea, pasaba al otro, a la partida de ajedrez, y asestaba un nuevo golpe. Caballo-seis-torre, *creek*. ¡Jaque!

”Aguirre, yo también creo que usted está perdido —le dije.

”—Sin duda —contestó en vos muy baja—. Pero se me ha ocurrido una idea, una última idea.

”Pasaron aún dos meses antes de que volviera a encontrarme con mi amigo. Había recibido carta con la jugada decisiva de Redwolf. Se encontraba en la clásica posición de *zugzwang* que él había previsto. No tenía salida.

”Sin embargo, no parecía tan desesperado como otras veces. Estaba casi tranquilo. Le pedí la carta de Redwolf.

”*Presumo que la partida termina aquí* —decía el remoto, inverosímil anciano—. No creo que usted quiera jugar otra. Por eso debo apresurarme a contarle el final de la historia. Lizzie se mató, y creo que fue por mí. Se tiró al paso de un tren. Tratando de evitar el accidente el maquinista arruinó los frenos. Me tocó repararlos, por una de esas coincidencias. Yo tenía particular aprecio por aquella locomotora. También por Lizzie, pero la pobre no era rival para nuestros constructores de Birmingham. Sin embargo, debo decirle que cuando supe lo que había hecho Liz, comprendí que su país entraba en la civilización. En el Congo no me hubiera ocurrido nada semejante. Pobre Liz-Lizzie-Lisbeth. Me ha quedado una foto suya. Estaba muy hermosa, en una hamaca al pie de un árbol. Ya no recuerdo si fue en octubre o en noviembre de 1907.

”Hernández, usted dirá que soy un estúpido, pero sólo en ese momento quise comprender. Sólo en ese momento identifiqué aquellos nombres, aquellos diminutivos, como una sencilla progresión aritmética: Liz, Lizzie, Lisbeth, Isabel, María

María Isabel.

”Aguirre estaba muy pálido ahora, y clavaba los ojos en el tablero, en la posición irremediable.

”—¿Qué piensa hacer? —le dije—. Cualquier cosa que haga pierde.

”Se volvió hacia mí con un brillo extraño en los ojos.

”—Cualquier cosa, no —repuso sordamente.

Eran las cuatro de la madrugada. Sólo el comensario y yo quedábamos en el café.

—¿La partida terminó ahí? —pregunté—. ¿La historia termina ahí?

—Ya le dije una vez que nada termina del todo, nunca. Pero si se empeña, puedo darle un provisional epílogo. Mi amigo desapareció durante un tiempo bastante largo. Cuando volvió, me dijo que había estado en el extranjero, y no quiso agregar más.

”Pero yo soy muy curioso. ¿Recuerda aquel bastón con que andaba siempre? Lo desarmé en su presencia, le saqué la punta y apareció la aguda hoja del estoque. Aún tenía una mancha de color ladrillo, un hilo de sangre coagulada. Él me miró sin rencor. Había recobrado el aspecto dulce y tímido de un niño.

”—*Redwolf red blood* —dijo mensamente—. Yo también sé hacer juegos de palabras.

**“Pero había algo peor, algo indefinible y siniestro, algo que se parecía —diría yo— a una segunda partida simétrica e igualmente predestinada. El otro plano, ¿comprende? El plano personal desenvuelto en lucha”.**

”Los diarios ingleses comentaron durante algún tiempo el asesinato de Finn Redwolf, en su residencia de Escocia, sin ahorrarse los detalles truculentos.

—¿Sabía su amigo, cuando empezó la partida, que Redwolf era el culpable de la muerte de María Isabel?

—No lo creo. A lo sumo, sabía que era extranjero. Tal vez logró averiguar que le gustaba el ajedrez. Ésa pudo ser la fuente secreta que lo impulsaba a jugar por correspondencia, en busca de su misterioso enemigo.

—No es un mal argumento. Sin embargo, para que su historia tuviese auténtico suspenso, final sorpresivo y todo lo demás, el seductor castigado debió ser otro.

—¿Usted, Hernández? —preguntó con desdén.

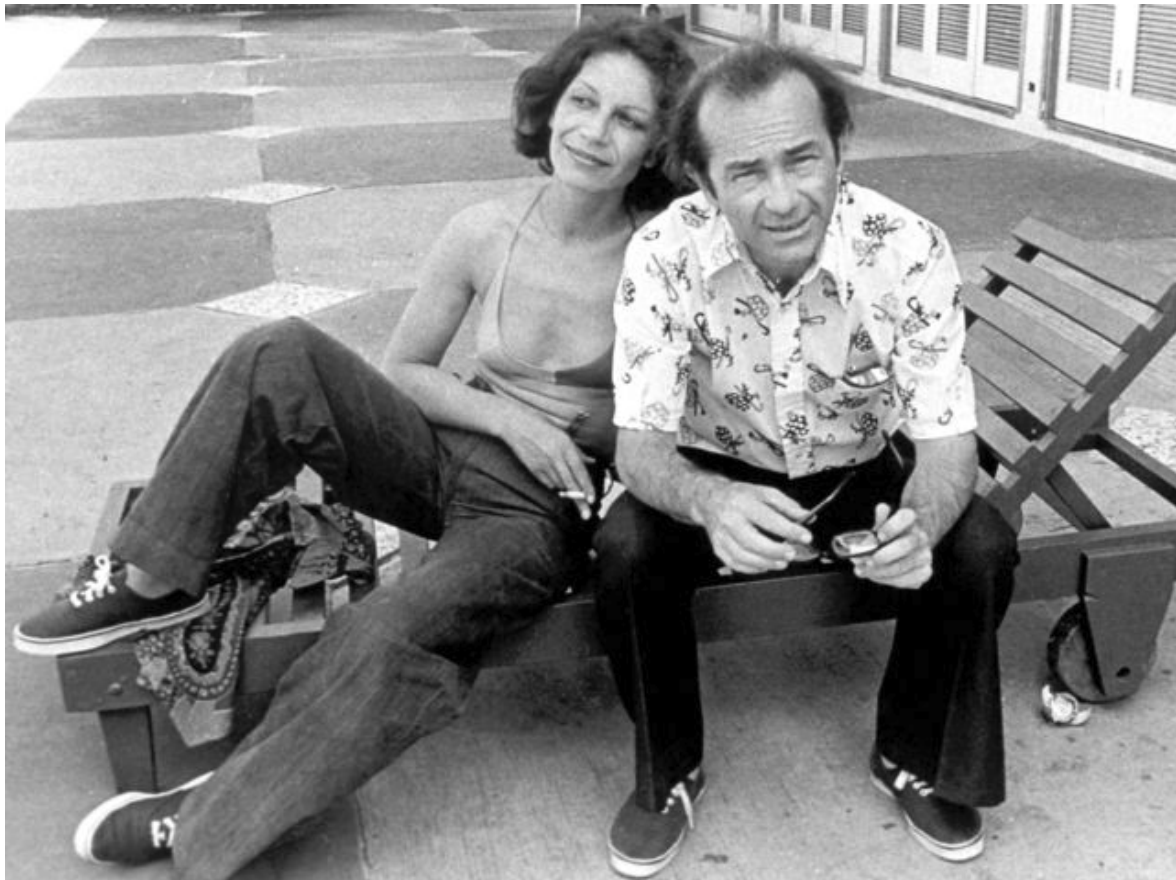
—El pescador de Hong Kong —dije suavemen-

te—. Pero ¿qué hizo usted, comisario?

—Yo, ¿qué podía hacer? Estaba jubilado, y el crimen ocurrió fuera de mi jurisdicción. Y después de todo ¿fue un crimen?

”Qué el azar no le depare a usted estos dilemas. Si no denunciaba a mi amigo, hacía mal, porque mi deber era..., etcétera. Y si lo denunciaba y lo arrestaban, también hacía mal, porque con todo mi corazón yo lo había justificado. Sólo puedo decirle que Aguirre murió dos años después, y no en la cárcel, sino en su cuarto, de vejez y cansancio y desgracia. Pero en todo ese tiempo me sentí incómodo, me sentí en una de esas típicas posiciones... Bueno, usted sabe”

Nos echamos a reír al mismo tiempo y salimos a la calle. Amanecía. Un mozo soñoliento cerró la cortina metálica del bar Rivadavia, como quien baja un telón. ■



# Walsh, modelo para armar

Por Redacción Rocamadour

Sergio Ortiz, Alejandro Torres, Mauro de Giuseppe

## Enroque

**A**lgunos misterios los circunda la muerte. Quienes han nacido con la capacidad de develarlos se pasan la vida preguntándose: ¿Esa posibilidad de ver lo que otros no pueden es un don o una maldición?

Cualquiera pensaría que la respuesta es obvia, todo lo que implique conocimiento es un don, una virtud. Sin embargo, la situación en Argentina va de mal en peor y el saber es sinónimo de subversión. Pero mejor es relatar los hechos desde el inicio.

Hace tres o cuatro meses me encontraba tomando café con un amigo en un barcito de Buenos Aires. Aquel encuentro obedecía a una costumbre que manteníamos desde la adolescencia, y que no tenía nada de extraordinario. Esa mañana, sin embargo, se pondría en marcha algo irrefrenable a partir de la siguiente frase de Alejandro Alfíl:

*“En San Vicente hay una casa que habla”.*



Me pareció, inicialmente, un juego en que debía ubicar la personificación. El resto del desayuno lo pasamos en completo silencio.

Desde ese momento hasta la fecha no supe de él. Comparte como otros compatriotas, su condición de desaparecido. Palabra, esta última, que ha tomado un peso diabólico en estos tiempos.

Primero me invadió el dolor, que es lógico en una situación semejante; luego, detrás del sentimiento inicial, la interrogante: *¿Quién vive en la casa que habla?* Con el permiso de su familia me hice de los últimos manuscritos de Alejandro; entre ellos encontraría el nombre de Rodolfo Walsh.

Ahora que tengo estas hojas en mi poder, vuelvo a la pregunta inicial: *¿Alejandro me cedió un don o una maldición?* No me detengo demasiado en este pensamiento porque otro lo reemplaza: recuerdo el inicio del *Facundo*, pero alterado:

*“Sombra terrible de Alejandro, voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tu ausencia, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo.”*

Sonrí por la falta e inocencia al citar a un tirano de otra época.

De Alejandro solo me quedaron estas hojas. La letra es nerviosa y trémula, como él en sus últimos días.

Sé que tenerlas me condena a un destino parecido, y sin embargo, optar por no saber es otro tipo de muerte, una un poco más miserable.

## Manuscritos de Alejandro Alfil

Últimamente ha ocupado mi mente el personaje de Rodolfo Walsh. Ser mitológico de una era convulsiva y escabrosa de nuestro país. Por ello, he decidido llevar adelante una investigación que aporte a su paradero ya que pasados dos años de su desaparición no se ha vuelto a encontrar el cuerpo. Mis investigaciones han comenzado por la reconstrucción, a falta de cuerpo, de su memoria. Todo lo aquí escrito ha sido en carácter de clandestino. Cuando camino al almacén por comida escucho pasos que no son los míos, he adquirido un particular miedo a las sirenas y no duermo más que algunas horas por la noche. Según pude hilvanar, Rodolfo Walsh fue el típico personaje de novela detectivesca inmerso en una sociedad donde el espionaje y las conspiraciones fueron tema de Estado; donde las voces de los marginados no tenían eco; donde su misión fue la de llevar adelante la ardua tarea de denunciar el abuso de poder y la injusticia y la de defender las ideas del antimperialismo, con una pluma y de vez en cuando con un fusil. De este cautivante personaje me ha quedado la gran duda de si su autor fue como dicen algunos: dos criollos irlandeses de nombre Dora Gill y Miguel Esteban Walsh; aunque sostengo firmemente que fue el imaginario del pueblo argentino el que le dio vida y lo llevó a recorrer todos los escalafones de la marginalidad y el compromiso social de la época argentina que más ayuda necesitó de este tipo de héroes.

Decido dividir en días estas anotaciones para llevar un control del trabajo realizado a fin de responder a una realidad en la que temo estar siendo perseguido por mis investigaciones y para que en alguna ocasión reanuden, desde el nudo conciliatorio de mi futura muerte, estas hojas. Mi realidad es la de un errabundo, soy lo que ellos me hicieron y no hay vuelta atrás.

28 de diciembre de 1979

Por raro que pueda parecer, Rodolfo Walsh se pensó a sí mismo como un personaje orientado al nacionalismo de derecha (con un leve acercamiento a la Alianza Libertadora Nacionalista, una agrupación, según palabras de Walsh, como "la mejor creación del nazismo en Argentina") y antiperonista, pero por decisión propia. Su misión en vida era la de convertirse en un escritor reconocido y ganar dinero para dejar de vivir al margen. Pero algo le ocurrió, algo que lo hizo salirse del renglón, ya que, a fines de 1956, "en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres y Nimzovitch que de Aramburu y Rojas", en una asfixiante noche de verano, frente a un vaso de cerveza, un hombre le dice: "-Hay un fusilado que vive". Sostengo que, según comentarios de allegados de ese bar, fue la increíble trama que se dio el día de los bombardeos a Plaza de Mayo donde se intentó derrocar a Perón a la fuerza con bombas. Algunos amigos han dicho que esa noche oyó morir, a través de una persiana de su casa, a un soldado conscripto no al grito de "Viva la patria", sino "No me dejen solo, hijos de puta". Es ahí, como a raíz de esos lacónicos comentarios, donde Walsh decide escribir su propia historia, salirse de los márgenes y continuar por cuenta propia lo que él creía que sería su destino. Los próximos veinte años, Walsh, dedicaría su vida a denunciar las injusticias, el abuso de poder de parte del gobierno de turno y retratar su verdad. Verdad que solo le costó la vida. Entendió, además, desde ese momento, que la única manera de aportar a un cambio significativo sería



mediante la militancia política: en este sentido, Walsh ha sido todo un idealista, ya que ha llevado sus intereses en su mochila, alineándose, por momentos, al peronismo y aportando a una revolución que propuso un cambio ante la lucha con EE. UU.

Me parece oportuno hacer un paréntesis aquí, ya que contextualizar los hechos de la época deberían aportar un poco más a su construcción histórica: ~~El peronismo fue, sin duda alguna, el acontecimiento que mayor identidad le ha dado al pueblo argentino desde la creación de la República.~~ Allí es puesto Walsh, bajo un contexto de constantes dictaduras militares y fraudes electorales que desataron la violencia y el odio entre semejantes. Desde el golpe de Estado de 1955, denominado Revolución Libertadora Fusiladora, el peronismo fue mala palabra<sup>1</sup>.

30 de diciembre de 1979

La primera aventura detectivesca de Walsh comenzó como lo expuesto anteriormente: bajo el fuego aliado que reprime las ideas de la democracia, en una fatídica noche de 9 de junio, el gobierno de Aramburu, a sabiendas de una posible sedición, decide adelantarse a los insurrectos, que buscaban el llamado inmediato a elecciones y la garantía de una libertad de prensa, así como la libertad de los presos políticos y el reintegro de los derechos sindicales, bajo las órdenes del general Valle y el general Tanco, y detenerlos en un operativo sorpresa en una casa ubicada en Hipólito Yrigoyen al 4519, Florida. Allí, los sobrevados esperaban la señal, que debía ser la proclama revolucionaria dispuesta a ser transmitida a las 23 horas de ese sábado 9 de junio (hora en la que comenzaba la tradicional noche de boxeo en el Luna Park). A las 22.30 irrumpió en aquella casa un tropel de policías con armas largas y cortas al grito de "¿Dónde está Tanco?" y detuvieron a doce personas. Rodolfo Walsh decide, tras aquel breve comentario, tomar el rumbo de la verdad y buscar a aquel "fusilado que vive", para sorprenderse ante la revelación de que no era solo uno, sino siete; para denunciar que tres decretos<sup>2</sup> fueron ampliamente violados por quienes los firmaron. A través de la reconstrucción de los hechos, con ayuda de los muertos que hablaron, llegó a la conclusión de que las detenciones que ocurrieron el 9 de junio entre las 22.30 y las 24 NO violaron la Ley Marcial decretada a las 0.32hs (publicados posteriormente en el Boletín Oficial); los fusilamientos, entonces, debieron aplicarse con retroactividad, violando el principio legal de la irretroactividad de la ley penal, haciendo que aquellas muertes dadas entre las 2 y las 4 de la mañana en un basural de José León Suárez, por las fuerzas de seguridad, a cinco de los doce individuos arrestados (ya que siete lograron escapar), fueran totalmente ilegales. Según mis conclusiones, Walsh ganó, así, una pulseada, pero la justicia amparada bajo los secretos de Estado le dieron también una lección: dentro del sistema no hay justicia.

---

<sup>1</sup>Fue proscrito, prohibido por ley; no se podía mencionar ni a Evita ni a Perón, la Constitución de 1949 había sido anulada y los presos políticos aumentaban con las horas. Los generales Juan José Valle (fusilado posteriormente a la sublevación) y Raúl Tanco (recientemente fallecido) comenzaron a conspirar diseñando un movimiento que exigía el cese a la persecución contra el peronismo.

<sup>2</sup>10.362/56 (decretaba la Ley Marcial), 10.363 (establecía la pena de muerte) y 10.364 (darían los nombres de los que serían fusilados).

3 de enero de 1980

"Somos objetivos pero no imparciales, porque no se puede permanecer imparcial entre el Bien y el Mal" (Ernesto "Che" Guevara)

Su segunda aventura, en la que no falla a su estilo prístino, Rodolfo Walsh se vuelve un espía internacional: viajó a Cuba formando parte de una élite de periodistas que buscaban incomodar a los monopolios informativos y a desentrañar las verdades sobre la lucha contra el enemigo más grande que pudo existir, a través de Prensa Latina (PRELA); y en la que llega a hacer visible su elección combativa en este nuevo mundo que nació en aquella isla del Caribe gracias a los "dioses modernos" que fueron Ernesto Che Guevara, Fidel Castro y Camilo Cienfuegos, para millones de jóvenes. Allí mostró su cara militante a favor de las ideas y su forma de llevar a cabo los objetivos de relatar una verdad y combatió con su máquina de escribir contra las contradicciones andantes que encausaban al mundo bajo el liderazgo estadounidense en la Guerra Fría. Entrevistó brevemente a Ernest Hemingway, quién dio su apoyo al régimen gritando entre empujones en el aeropuerto de La Habana: "Nosotros, los cubanos, venceremos. I'm not a yankee, you know".

Armado con un manual básico de criptografía, Walsh, desentrañó una conspiración yanqui en la que entrenaban cubanos en Guatemala para invadir Cuba por Playa Girón, lo que históricamente se denominó: "Invasión de la Bahía de Cochinos"<sup>1</sup>.



<sup>1</sup>Gabriel García Márquez, compañero de Walsh en Prensa Latina, dijo al respecto: "Lo consiguió al cabo de muchas horas insomnes, sin haberlo hecho nunca y sin ningún entrenamiento en la materia, y lo que encontró dentro no sólo fue una noticia sensacional para un periodista militante, sino una información providencial para el gobierno revolucionario de Cuba. El cable estaba dirigido a Washington por el jefe de la CIA en Guatemala".

Pero no todo lo que brilla es oro. En 1961 Fidel Castro declaró a Cuba socialista. Esto hizo que -aquel alineamiento a la superpotencia soviética- creara diferencias entre los líderes más importantes de la Revolución ya que Guevara cuestionaba aquel comunismo. Esa tensión, y la separación de Jorge Masetti, fundador y primer director de Prensa Latina, por su estrecha vinculación al Che, hizo que Walsh se desvinculara de PRELA y vuelva a Buenos Aires. Lo cierto es que Walsh priorizó su apoyo a la línea general de la Revolución, silenciando cualquier crítica o desacuerdo con ella hasta 1969 donde escribió el prólogo de la edición póstuma de "Los que luchan y los que lloran" de, su amigo, compañero, guerrillero y periodista, Jorge Masetti.

Mis dificultades en el campo hacen notoria la falta de datos precisos en los escritos, pero Walsh retomó su labor como periodista y escritor, al volver de Cuba, confinado en una isla del partido de Tigre, y reafirmó sus convicciones de luchar o morir por la revolución verdadera.

7 de enero de 1980

Rodolfo Walsh pasó un tiempo recluido en la isla escribiendo ficciones y esperando una nueva misión. Confinado a la comnoción por la desaparición y presunta muerte de Masetti en abril de 1964 en la selva salteña. Pasó sus días leyendo y pescando, disfrutando la vida tranquila junto a su nueva pareja, Poupée Blanchard, y pensando en la acción próxima sin dejar de ejercer su profesión latente. Tras el advenimiento de la dictadura de Juan Carlos Onganía, bajo una represión nunca antes vista, y tras declararse un hombre de izquierda<sup>1</sup> finalmente su tan esperada misión llegó: llevar adelante la conducción de una central obrera independiente, combativa y no burocrática: la CGTA (Confederación General del Trabajo de los Argentinos).

He tardado más de un año en reunir esta información, ya que todos sus papeles fueron robados por las fuerzas de seguridad de su casa de San Vicente<sup>2</sup> (de la que hablaré más adelante). En 1968 viajó a Madrid hacia la meca de la política revolucionaria argentina: Puerta de Hierro, y conoció a Juan Domingo Perón. Esto hizo que la militancia gremial de Walsh se acelerara y lleve adelante la dirección del "semanario CGT", desde 1968, del cual se publicaron 49 números de manera regular, continuando clandestinamente hasta 1970. En este semanario Walsh lleva adelante la investigación del asesinato del dirigente sindical Rosendo García en la confitería La Real de Avellaneda. En esta investigación, y gracias a las fuentes testimoniales y la ubicación de los presentes en las mesas en el momento del hecho (como su famoso "Cuento para tahúres"), logró resolver el crimen. Quién fue el segundo de Augusto Timoteo "Lobo" Vandor, fue asesinado por el mismo Lobo por la espalda. Todo esto no fue más que una pantalla de la problemática interna que sufrían los grupos sindicales afines al peronismo: la lucha de poder y la corrupción. Poco tiempo después de estos hechos, en abril de 1969, la historia política argentina tomó otro rumbo a causa de la insurrección popular del Cordobazo. La convulsión política se vería con la decisión del propio Perón de reunificar la CGT, dejando de lado al peronismo de izquierda, al combativo, y plantando en claro su postura haciendo que

<sup>1</sup>En su texto "Rodolfo Walsh por Rodól Fowólsh: "Soy lento, he tardado quince años en pasar del mero nacionalismo a la izquierda."

<sup>2</sup>Se referirá a la casa que habla?



muchos gremios se desvincularan y esta perdiera poder. Walsh decidió escribir entonces en su diario (del que poco se conoce): "Nosotros, le decíamos traidores a ellos, los Vandor, los Remorino. Pero los traidores éramos nosotros porque Perón siempre los apoyó a ellos". Tras el asesinato de Vandor en 1969 por un grupo guerrillero, Walsh tuvo que volver a la clandestinidad. El contexto político mundial se debatía entre socialismo o capitalismo, y así se acercó al Peronismo de Base (PB) junto con su hija Viki y su compañera Lilia Ferreyra. La creciente idea de una patria socialista en Argentina llevó a la creación de grupos guerrilleros como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), completando así un cuadro complejo en la política argentina. El posterior secuestro y asesinato de Aramburu por parte de Montoneros, llevó la realidad a una sola solución: el cambio a punta de fusil. Walsh tuvo siempre una relación compleja con el peronismo, pero sus ideales seguían en la mochila que cargó hasta el último día: para él los ideales políticos iban más allá de cualquier partido, y lo retrató en una entrevista en Primera Plana: "Si se admite que la antinomia básica del régimen, antiperonismo-peronismo, traduce la contradicción principal del sistema, opresores-oprimidos, yo no me voy a anotar en el bando de los opresores ni de los neutrales".

10 de enero de 1980

Cuando corría el año 1972 el dictador Alejandro Agustín Lanusse volvió a proscribir el peronismo, esto dificultó el ansiado retorno de Perón a la Ar-

gentina. Debido a la resistencia del gobierno de turno a un cambio social, y la previa incorporación de su hija Viki, Walsh decidió unirse a Montoneros, la agrupación guerrillera más fuerte del país. Ese mismo año, en la primavera, Lanusse acordó con Perón la entrega del cuerpo de Evita (tema que dicen, preocupó tanto a Walsh al punto de la obsesión); y debido al repliegue de la dictadura -como parte del nuevo proceso que devolvería al peronismo al poder en 1973- Perón pudo pisar suelo nacional. Walsh retomó en Montoneros el trabajo hecho en Cuba: creó el Departamento de Informaciones e Inteligencia. Gracias a este departamento se pudo determinar la cantidad de muertos, heridos y sus nombres en la Masacre de Ezeiza de hace tan solo siete años, cuando Perón retornó de manera definitiva al país. Walsh quiso a través de escuchas de las transmisiones de las fuerzas de seguridad determinar que, en aquel enfrentamiento entre la izquierda y la derecha peronista, la derecha sindical y la policía fraguaron y premeditaron el asunto dando origen a aquella tragedia masacre.

17 de enero de 1980

Llevo ya una semana sin anotaciones. Me encuentro recluido en Alejandro Korn<sup>1</sup>. He llegado a la determinación de conocer la casa donde se hospedó su último año Rodolfo Walsh. Además, he oído decir que escribió un último cuento del que jamás se conoció el manuscrito. L.<sup>2</sup> me ha dicho que ese cuento, junto con otros papeles, y copias de su última carta, estaban en el portafolios que cargaba el día de...

Retomo desde aquí para no seguir cavilando entre sombras los ecos de un mundo que desconoce lo que sucede en el corazón de los hombres hoy en día, y que no subyace ya un solo ápice de libertad.

Ese mismo año, se da la vuelta a la presidencia de Juan Domingo Perón y se crea el diario Noticias, donde Walsh llevaba adelante los titulares y la sección policial. Todo esto sucede en un contexto político en el que el PRT-ERP y Montoneros (actuales grupos de resistencia de este infausto gobierno) no se daban tregua en una lucha armada y violenta debido a la decisión del gobierno de apoyar a la derecha ortodoxa y sindical. Pero, hay un ser malvado en esta larga novela que fue el peronismo, que en aquella época socavaba a los mismos militares apoyados por las potencias mundiales, alguien bien cercano a Perón que se encontraba en el seno mismo del poder gubernamental. Un hombre intrincado y malicioso de nombre José López Rega. Actuó de secretario privado del presidente, y con su aval creó la Trilpe A (Alianza Anticomunista Argentina), una organización paramilitar de derecha que tenía el objetivo de suprimir las guerrillas y devolverle tranquilidad al gobierno. La creciente violencia ocurrió bajo una lluvia de incertidumbre política que terminó de sellarse el 1 de julio de 1974, cuando el presidente Perón murió de un aparente paro cardíaco en la Quinta de Olivos. Tras ese hecho, con Estela Martínez de Perón en la presidencia, se desató una violencia orquestada por este "Brujo" y su Triple A, matando a cientos de civiles. De esta forma la agrupación Montoneros pasó a la clandestinidad y nuevamente Rodolfo Walsh debe tomar el mismo camino. Siempre ejerciendo el periodismo que lo apasionó, insistía en la necesidad de un cambio, de replegar las fuer-

<sup>1</sup>Localidad perteneciente al partido de San Vicente, provincia de Buenos Aires.

<sup>2</sup>Probablemente haga referencia a Lilia Ferreryra.

zas y desmilitarizar la política. Llevó su vida con su compañera Lilia a San Vicente, cerca del río. Desde allí vivió el advenimiento de la época más oscura de Argentina: este golpe de Estado ocurrido ya hace tres años, a cargo del teniente Jorge Rafael Videla, y que nada cambió, desde la proscripta idea de expresarse libremente hasta el hambre y el terror irreparable de la población a base de secuestros y matanzas indiscriminadas.

25 de enero de 1980

A veces me cuestiono la cantidad de palabras escritas por día. No hay un estimado a concretar. Creo que el informe la investigación está quedando completa. He evitado muchos datos incomprensibles y hasta de poco fiar en su verosimilitud. Resultaría recalcitrante en mí volcar esa información a mis hojas. Pero sigue latente aquel comentario de L. sobre el último cuento de Walsh, "Juan se iba por el río", ya que tanto su cuerpo, como este cuento continúan desaparecidos. No contengo ya fuerzas para escribir, creo que trabajaré en mi informe durante unos días. Temo estar siendo perseguido. Mi mente me juega una mala pasada, temo a las sombras. Cambié mi identidad a Carlos Arregui.

Un mes después del golpe de Estado, con una máquina de escribir y un mimeógrafo artesanal, Walsh creó la Agencia Clandestina de Noticias (ANCLA) con el objetivo de romper la barrera de censura impuesta por el nuevo gobierno. En ese prólogo daría la clave a la última y más sangrienta historia que protagonizaría aquel detective popular.

5 de febrero de 1980

Continúo leyendo la información recabada. Se me hacen confusos algunos párrafos, he tenido que dar nuevamente con algunas fuentes y hasta he tenido que sorprenderme ante la noticia de que algunas de esas fuentes ya no existen, que habían pasado al anonimato o a la clandestinidad, amén de la desaparición física que sigue dando este gobierno a muchos de nosotros. Existe una arbitrariedad nada ajena que denunció Walsh en su Carta Abierta a la Junta Militar. Hoy se sigue viviendo de la misma manera en la que todo ocurrió aquel 25 de marzo de 1977, hace apenas tres años.

Pude hablar con el chofer de un colectivo que cruzaba en ese momento la intersección entre las avenidas San Juan y Entre Ríos. Dijo, al igual que algunos de los pasajeros, que eran alrededor de quince individuos armados con todo tipo de armas, que Walsh estaba solo y que disparó hasta que una ráfaga de ametralladoras lo alcanzó. Aquello, dijo, fue fulminante, su cuerpo cayó como un muñeco de trapo y con él su sombrero de paja y su maletín. Desde ese momento nada más se supo de él. Alguien dijo ver su cuerpo en la Escuela de Mecánica de la Armada. La Carta jamás fue publicada por los diarios argentinos, pero millones de personas en el mundo supieron lo que pasaba en nuestro país gracias a ella y a Lilia que hizo que llegara a manos de medios extranjeros. Han dicho que clandestinamente está circulando, necesito leerla. Necesito corroborar esos datos para poder finalizar la investigación. Necesito acercarme a esa casa de San Vicente y buscar los papeles que contienen aquel último cuento. Necesito saber si Juan cruzó el río.

**E**l calor de esa tarde era insoportable. El sol hacía que la tierra se hiciera sutil como la niebla, una niebla seca que descansaba agazapada como una fiera en los caminos y que, al menor paso de alguna bicicleta perezosa o algún auto, se levantaba furiosa para perseguirlos. Yo solo me propuse mirar ese camino y ese juego interminable que costeara la vía durante todo el largo viaje.

El tren se detuvo en la única estación a la que ya estaba obligado visitar en esta vida. La verdad en algunas ocasiones necesita mostrarse y busca a cualquiera, no exige ni pretende alguna cualificación. Se empecina e insiste, aunque haya elegido a un cretino, a un cobarde ya viejo que esperó casi cuarenta años para seguirla y conocerla. Lento y refunfuñando también, el tren como una bestia que ya se pasó de siglo y que perteneció entero al diseño de otro país, permitió bajar a los pasajeros cansados y arrebatados por el verano más fastidioso que se haya visto jamás.

San Vicente es una ciudad muy pequeña y bien conocida en el país por tener los restos del presidente Perón en una quinta que fue suya y donde pasó algunos veranos descansando con su compañera Eva. Pero yo visitaba San Vicente por otra casa, una casa humilde y pequeña que no se ofrecía en ningún mapa turístico, ni tampoco ha sido jamás declarada como lugar histórico por el Estado Nacional, ni por la provincia, ni tampoco señalizada por una humilde ordenanza municipal con un cartel oxidado. Me dirigía en esta tarde de sol que enceguece y sofoca a la casa que perteneció a un tal Rodolfo Walsh. Ese es el único motivo de que a mis ya setenta años de edad y en esta tarde sofocante de verano haya recorrido más de cincuenta kilómetros en tren: seguir los pasos que ha dejado en su diario mi amigo Alejandro Alfí.

Allá por el año 1979 en un café de la Avenida Independencia, muy cercano de nuestra facultad, en aquella última mañana en que nos encontramos me dijiste preocupado algunas cosas, no les di importancia porque siempre fuiste un tipo raro al que lo absorbía por horas cualquier meditación. Pero esta vez era distinto, esta vez aquella preocupación te había desvanecido en el aire y nunca, ni tu familia ni tus amigos, supimos más como encontrarte. Alejandro Alfí, habías desaparecido como tantos otros...

—“Hay una casa que habla” —me dijiste como

una frase suelta. "Hay un cuento desaparecido". Nada tenía sentido, pero después de haber leído tus investigaciones sobre ese tal Walsh ahora todo recobraba voz y nombre y tenía también un espacio en el tiempo. El pueblo todavía dormido de San Vicente y esta tarde calurosa de enero. Busqué con la corazonada que dan los rostros buenos alguna información sobre donde podría haber estado emplazada la casa de ese periodista llamado Walsh. Buscaba rostros viejos como el mío, ojos de otra época .

—Buen día, paisano. ¿Usted podría decirme si conoce la casa donde vivió Rodolfo Walsh?

Pregunté y pregunté a cuanto anciano se me cruzaba (un viejo almacén me insinuó que podría tener suerte por la calle Triunvirato), caminé mucho hasta sentir que mis ropas estaban completamente mojadas de sudor. Nadie había conocido a ese tal Walsh, como si nunca hubiese existido y fuese solo una de las ocurrencias de Alejandro. Le dije mirando al cielo (en un hábito de orate que iba adquiriendo a medida que envejecía y todos mis queridos ya estaban muertos):

—Ale querido, lo lamento, no pude encontrar esa casa que habla ni ese cuento desaparecido.

Caí agotado bajo un gran álamo que ocupaba toda una esquina, sentía ya hace algún tiempo que los vecinos me miraban de una manera poco amistosa, contrario a lo que uno supone en estos pueblos alejados de la Capital. ¿Me estaría persiguiendo? Un hombre mayor junto a su esposa descansaba del calor de la tarde bajo una espesa parra. Afuera con mala caligrafía una chapa azul mostraba una dirección: Triunvirato 900. Como pude me puse de pie y amablemente los encaré con mi pregunta:

—Buenos días, ¿podrán indicarme la casa donde vivió un tal Rodolfo Walsh? Me indicaron en el almacén que esta frente a la estación, que tendría suerte por esta calle. Fue un periodista...

El viejo solo se dignó a escupir en el piso, la señora a su lado con desgano me indicó que había un hombre que podría ayudarme. Vivía junto a la laguna "Del ojo", yo podría encontrarlo fácilmente con el nombre de Juan, Juan Duda.

Retomé mi marcha esta vez hacia la laguna con un ánimo cada vez más por el piso y con los temores propios que trae la vejez. A pesar de que el sol golpeaba con sus rayos plenos del mediodía, la preocupación de verme entre las calles de un pue-

blo desconocido llegada la noche me asustaba más que una inminente muerte por insolación.

Al ir llegando a la laguna no pregunté más por Walsh sino por un tal Juan, Juan Duda. A diferencia del otro a este todos lo conocían y costeano el río me fueron indicando cómo llegar hasta él. Un pequeño río o un gran arroyo, no sé bien, alimentaba la laguna "Del ojo". En una cabaña siguiendo un largo trecho por la orilla vivía ese tal Juan.

Caminaba ya acalambrado de una pierna sin comprender todavía como conservaba aún las fuerzas para seguir haciéndolo. A lo lejos se veía que una barca pequeña se disponía a alejarse de la costa del río. Pese a que el sol estaba en lo más alto y encogecía todo de tanta luz pude notar que en la barca había dos hombres, uno sentado y otro que remaba lento intentando cruzar. "Seguramente ese era el tal Juan, el famoso Juan Duda que podría ayudarme y si no me apuraba después de tanto esfuerzo, lo perdería".

—¡Juan! —grité débil la primera vez, furioso la segunda—. ¡Juan!

Los hombres parecieron escucharme, me esperaban. Caminé todo lo rápido que podía mientras que con mis manos insistía haciendo señas indicando de que me esperaran. Toda especie de cardo que crecía en las orillas se me clavaban entre las piernas y los abombados tábanos de vez en cuando se atrevían a mi cuello insolado o a mis brazos. Cuando ya tan solo unos pocos metros me separaban de la barca, agitado y sin presentarme volví con mi pregunta:

—Ando buscando a un tal Walsh...

Juan (seguramente el hombre del bote que estaba parado sobre sus remos) me sonrió y le sonrió luego al viejo que llevaba en la otra punta del bote, nadie había sonreído a mi pregunta desde que bajé en este pueblo. Juan era un joven que se ocultaba tras el brillo del sol, sonreía ahora claro y estridente, en cambio el viejo que estaba sentado a un lado se ocultaba bajo un sombrero de paja. El viejo también riendo me dijo con una voz clara y pausada:

—¿Acaso no reconoces a un viejo amigo?

La sangre presionaba en mi cabeza y la luz del sol punzaba mis ojos como los cardos y los tábanos lo hacían con mi cuerpo. Murmuré un insulto inentendible con una lengua seca. Estaba confundido y sin aliento, me tapé el sol con mis dos manos juntas para poder ver algo más de esos

hombres que solo parecían burlarse. Pude verlo claro. El hombre a que todos llamaban Juan tenía el rostro de mi amigo Alejandro, pero era joven y radiante como en nuestros días de juventud.

—¿Alejandro?

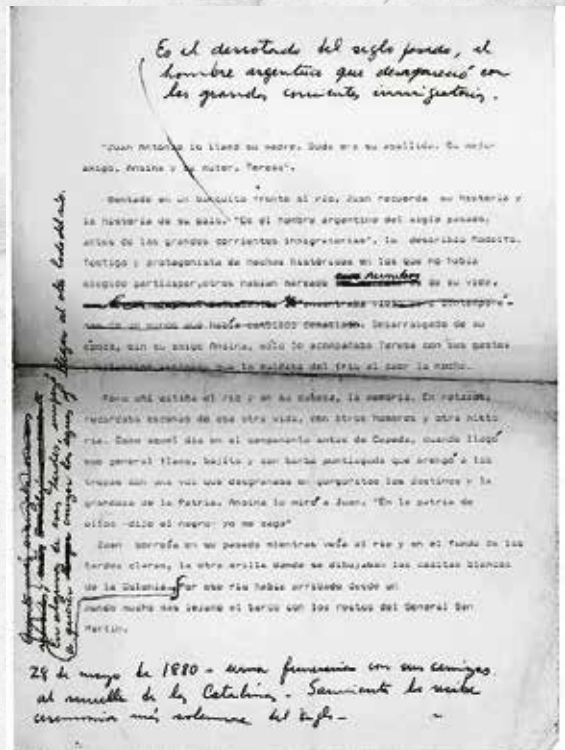
Como una forma de responderme, con el mismo rostro, la misma sonrisa de mi amigo desaparecido, ese joven barquero me hace a mí otra pregunta:

—¿En qué has venido a San Vicente?

—Vine en tren desde Cañuelas, fue un viaje agotador.

—En tren... qué curioso. ¿No sabés acaso que el tren de esta ciudad fue desactivado en el mes de diciembre de 1978? —Luego, dirigiéndose a ese viejo que se divertía de la situación bajo un sombrero de paja. —Vamos, Rodolfo, hagamos un lugar en la barca para subir a nuestro amigo, fue un largo viaje y ya necesitamos cruzar el río. □

\*\*\*



**Manuscrito de la reconstrucción del cuento "Juan se iba por el río" hecha por Lilia Ferreyra y Martín Gras (quienes en circunstancias no previstas recordaron el detalle del último cuento de Walsh que desapareció junto con él aquel 25 de marzo de 1977).**





# Déjà vu en Trafalgar Square

Por Hugo Canal Bialy

---

Ilustrado por Diego Rojas

---

(Continuación del cuento "¿Quién es Andrew Jones?",  
de Diego Rojas)

Los copos de algodón simbolizados en aquella nube en forma de espiral era perfecta en mi visión desde Hyde Park, parecía que podía tocarlos con la mirada, hasta que mis ojos volvieron a la realidad ante la planilla de rentabilidad en blanco, que debía entregar con las proyecciones estadísticas terminadas al gerente del banco, al finalizar la jornada laboral.

En el pasillo interno que conduce a los sanitarios, cuando me detengo frente a la máquina automática expendedora de café, antes de insertar la moneda que me permitirá degustar una infusión caliente, confidente y motivadora, para sobrellevar la rutina diaria financiera, mi mente en pensamientos humeantes se debate entre capuchino, submarino o mokaccino, esperando que el aparato me hable, recomendando qué tipo de café sería ideal para mi estado de ánimo esta mañana, aprieto el botón en chocolate y comienza a caer el líquido salvador en el pocillo y casi vuelco el contenido del vaso, absorto en divagaciones, debo volver a culminar mis obligaciones.

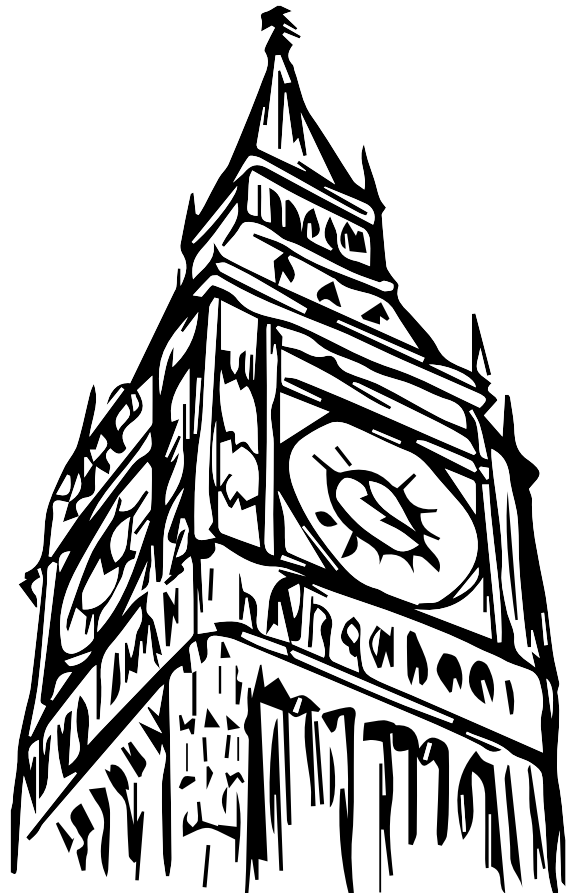
El reloj instalado frente a la serie de escritorios del sector que ocupó, indicaba que me restaba apenas una hora para la entrega de los cálculos, tiempo para llegar con lo justo, todavía no logro adaptarme al ciclo más ventajoso en lo remunerativo para mi salario, pero exigente en cuanto al desarrollo de las operaciones que me encomendaban, echaba de menos el desempeño anterior en el puesto de análisis de créditos.

Antes de tomar el metro, caminé absorto en mis ensoñaciones por Trafalgar Square, cuando fui sorprendido por un linyera que parecía conocerme y se colgó de mi saco incomodándose, empecé a transpirar de los nervios, los transeúntes no se detenían para ayudarme y ese hombre desesperado me increpaba que yo le había robado su vida, que él era el verdadero Andrew Jones, que yo era un maldito impostor, un cínico simulador que ocupaba su lugar en el banco y en su existencia. Apenas atiné a gritar y pedir ayuda, me dio lástima cuando dos oficiales de la policía se lo llevaron por disturbios en la vía pública.

Sin poder reponerme del insólito suceso que había perturbado mi regreso a casa, caminé un par de cuadras a orillas del Támesis, miré al Big Ben, cuyo reloj marcaba dos minutos para las 5 o'clock, y fue el preciso momento en que tuve un déjà vu con este mismo sujeto, presentándose en mi escritorio, reclamando que era el suyo, que él era Andrew Jones y que hacía tiempo que trabajaba en el banco.

Llegué perturbado a mi hogar en Notting Hill, mi esposa me recibió con un beso, comentándome las novedades del día, me pidió que no me demore demasiado en mi ritual de ponerme cómodo para disfrutar la cena juntos.

En el espejo del baño, mientras me desajustaba la corbata marrón, cerré los ojos por un instante, y cuando los volví a abrir la corbata era naranja y mi rostro lucía como el del hombre que me atacó en Trafalgar Square. ■



# Ragnarök

Por Mauro de Giuseppe

**T**engo una choza en el norte de Sajonia y vivo allí desde niño. Todos mis hermanos murieron dejándome solo a mí la tarea de sobrevivir. Era en invierno cuando se presentó aquel hombre, sentí su presencia unos días antes cuando encontré varios lobos muertos de una extraña manera. Vi alguna vez una humareda a lo lejos y algún que otro ruido extraño, pero mi hacha Arundel nunca me dejó temer a nada, ni siquiera a los lobos grises que como abejas furiosas, devorados por el hambre y la locura, atacan mi choza todos los inviernos. Sin mis hermanos y mi juventud, resistir a ellos es cada vez más difícil a cada invierno que pasa.

Sé que este invierno moriré en las fauces de estas bestias, pero no temo, no se les debe temer a los enemigos, tampoco se debe subestimarlos, mis hermanos han muerto por eso y su sangre la veo aun hoy en la astucia y vitalidad de los nuevos lobos. Los nuevos lobos son distintos, son los hijos de los asesinos, fueron alimentados con mis hermanos y han cambiado su pelaje a uno tan oscuro como un árbol de noche, son más delgados, más valientes, más sedientos de sangre humana. Sé que esos cambios fueron por tragarse a mis hermanos, tuve suerte de poder rescatar alguno de sus huesos por el bosque. Los conservo—casi todos roídos y triturados— encima de lo que eran sus camas con el orden que a mi entender llevan los huesos dentro de uno.

Hacia inviernos pasados cuando murió mi primer hermano, se llamaba Selgens, envolvimos sus huesos en su manto gris y los colocamos en una vasija junto con los de nuestro padre. No era nuestra costumbre, nosotros quemamos a los muertos pero el invierno hacía casi imposible aquella tarea, —los lobos siempre estaban en el afuera— cuando llegó la primavera por pereza o por amor los hemos dejado en esa vasija.

Mi vejez y mi soledad me han alejado para siempre del pueblo, aunque de joven no lo he

frecuentado muchas veces. Mi padre llegó a prohibírnoslo con el castigo de la muerte o del destierro y mató a su caballo Valinor para ahuyentarnos la sola tentación de hacerlo. Desde la muerte de mi madre él empezó a llamarlo “chiquero de cobardes”, no supimos nunca el porqué, de todas maneras al fallecer mi padre solo me aventuré dos veces, fui en busca de mi madre y me he perdido en él. Mi hermano mayor Selgens me reveló en su muerte el recuerdo de una caricia maternal y su fuga sobre una noche despejada. Admito que me ha asustado y lo he aborrecido como esperanza.

Éramos cinco hermanos y el último que murió fue mi hermana Brynhild, tenía nueve años cuando los lobos la sorprendieron mientras llevaba a vaciar el orinal, la despedazaron y la llevaron hacia el bosque. Imploré a Odín por su vida pero a cambio me dio la ira de Berzek y con mi hacha Arundel que nunca me falló, despedacé a cada uno de los lobos voraces que a pesar de mis hachazos no se desprendían de su presa. A once lobos había matado esa noche y todos aun en su agonía, seguían mascullando algún hueso.

Comí a mis enemigos y mi hermana Brynhild fue la primera en ocupar su cama después de muerta. Luego coloqué a los otros y consciente de mi acto de locura les pedí que se callaran en las noches.

Como dije, ese hombre apareció un invierno, el último. Lo sorprendí o me sorprendió cuando iba a buscar la leña atisbada detrás de la choza. Su altura y su severa postura le daban la impresión de un rey. Creo que se presentó, yo no. Supe que era extranjero pues no manejaba bien mi lengua y seguí cargándome de leña antes de que entrara más nieve, noté que no estaba armado y opté por esperar antes de buscar mi Arundel para echarlo o matarlo.

No recuerdo exactamente todo el diálogo, sé que en algún momento me dijo en tono amable: “—Vengo en paz, buen hombre, he recorrido

gran parte de Inglaterra buscándolo pues lo que debo decirle es muy importante y necesita de toda su atención.”

Me interesó cómo había llamado a estas tierras, pero aún más me interesó el hecho de que alguien me estuviese buscando. Lo relacioné de alguna forma con mi madre aunque sabía que ella ya debería haber muerto hace muchos años, la duda me asaltó con la idea de ser reclutado hacia una batalla, aunque fuese ya viejo podría ser útil, sería la salvación a una muerte deplorable por los lobos o la vejez, sería el Valhala que tanto imploré. Me detuve a observarlo y el forastero corrió un manto roído que le cubría el rostro -aunque tan viejo como el mío aquel rostro inspiraba autoridad- y me dijo:

“—Vengo de lo que será, lo hemos estado observando, he aprendido su idioma solo para este encuentro y solo accedí a esta vestimenta rudimentaria para no causarle una impresión que arruinara de alguna forma mi misión”.

Me detuve en el vano de la puerta con la leña en mis manos y lo seguí escuchando aunque sin entender nada.

“—He venido a convertirlo a la fe cristiana, nuestra iglesia ha tomado nuevos procedimientos a los que usó comúnmente. —Viendo mi confusión se interrumpió para aclararme—. El cristianismo es la única religión, Cristo es el único señor”.

—Yo venero a Odín —lo interrumpí. Como si no me escuchara continuó:

“—Usted no conocerá el cristianismo en toda su vida. Por eso nos permitimos acceder (con el permiso y apoyo de la Santa Iglesia) a la ciencia de nuestro tiempo y así es que gracias a Dios hoy puedo predicarle con la palabra”.

—Yo venero a Odín —le respondí otra vez mientras me dispuse a cerrar la puerta con el pie. El forastero entró discretamente conmigo y me ayudó a trazarla comprendiendo la misión de una piedra que estaba cerca.

—No importa —me dijo de una forma que no llegó a gustarme—, figúrese que soy del año 2084 de la era cristiana y usted todavía no ha entrado en ella, del año del que vengo se puede acceder al pasado en persona y es por medio de esta nueva ciencia, la Santa Iglesia en el nombre de Dios, le dará oportunidad de alcanzar la salvación a los que por razones de tiempo no pudieron conocer la

palabra”.

No logré entender lo que me decía aquel hombre, pero al término de sus discursos sabía que las intenciones que este extranjero perseguía con tanto afán y terquedad eran las de hacerme adorar a su dios. No entiendo qué pasión o locura lo llevaba a eso, como si su dios le hubiese ordenado eso para otorgar la otra vida. Convencer a alguno de que debe traicionar a su dios era algo que me resultaba asqueroso y me enfurecía. Comencé a desconfiar cada vez más de este hombre que vino en dirección del pueblo. Ningún motivo tan estúpido pudo haber aventurado a este forastero hasta aquí. Sabía que le pronunciaría estas palabras solo una vez más: —Yo adoro a Odín.

La tormenta de afuera hacía quejar la choza cada vez con más fuerza. Al prender el fuego la choza se iluminó débilmente y el forastero se llenó de un espanto apenas visible en la penumbra, distinguía levemente los huesos de mis hermanos muertos sobre sus camas. Allí me dispuse a la duda sobre la verdadera forma de este hombre y comencé a reírme a carcajadas en sus narices. El hombre miraba espantado mientras que yo le devolvía una mirada cercana y mi sonri-

**“La tormenta de afuera hacía quejar la choza cada vez con más fuerza. Al prender el fuego la choza se iluminó débilmente y el forastero se llenó de un espanto apenas visible en la penumbra, distinguía levemente los huesos de mis hermanos muertos sobre sus camas”.**

sa sin dientes.

—Ya iba a buscar a mi hacha Arundel que perteneció a mi padre y a su padre y al padre del padre de mi padre, para matarlo —le dije suavemente aunque el tufo a espanto de aquel forastero llenó de náuseas toda la casa—. Por un momento creí que usted era uno de esos emisarios de Loki.

Me reí de él en su cara pálida y pusilánime y luego le di una palmada en el hombro que por mala suerte sacó al forastero del silencio en que estaba para decirme con falsa alegría: “—¡Suerte la mía y precaución la suya! El demonio puede tomar la forma que menos se espera.”

Serví todo el pescado que el arte de mi padre me enseñó a obtener y comí junto a aquel extraño hombre. Me dijo que en sus tierras y en su época era un sacerdote, lo escuché, observándole la cara de asco que transformaba al mirar la comida o al verme comerla. Se nombró a sí mismo un enviado de dios y me afirmó que él debía como fuese salvar mi alma.

Me habló de un ritual para pertenecer al otro dios, pero antes debía de confesarle mis pecados para mi absolución. Me mostró un símbolo que colgaba en su pecho y que reconocí en un templo que se construía en el pueblo aquella vez que me aventuré buscando a mi madre. Era una cruz de oro y plata. Me habló de que debía abandonar a Odín y sus prácticas salvajes, que no era dios y que solo era una de las tantas confusiones del demonio antes de la venida del Señor. Le grité que se callara, me llamó terco y siguió blasfemándome delante de mi hogar, de mis hermanos y mi dios. Fui a buscar a Arundel para matar a un lobo más, el lobo número doce, pero el lobo adelantándose a mis intenciones gritó socorro a alguien que se encontraba afuera. Dos hombres o demonios irrumpieron en mi choza, dos más lo hicieron por la otra puerta, llevaban ropas extrañas de muchos colores y armas que me parecieron estúpidas e inútiles. Surgió de mí una ira dormida, congelada y mi cuerpo avejentado levantó a Arundel como de joven. Correntadas de viento y nieve navegaron por la ausencia de las puertas apagando el fuego e inundándolo todo. Mi vista gastada por los años y el frío veía ahora sobre la luz de las puertas destruidas, dos sombras delante, dos detrás y una que gritaba en idioma extranjero tras la mesa. Entre el furioso viento de mi tierra que no verá nunca el sol y la nieve que quemará la vida y

y los ojos por siempre. Me veía como un dios que acababa de nacer, mi oportunidad de alcanzar el Valhala. Sabía que los lobos no me lo darían sino esos guerreros que Odín me había regalado. Intenté correr hacia el sacerdote maldito que mancilló a mi dios y un dolor me acalabró la pierna, escuché otro estallido detrás y mi otra pierna también se dobló. Recordé a los lobos muertos que encontré días atrás, estaba herido de la misma forma. Intenté en un último esfuerzo alcanzar a aquel hombre que seguía gritando como una mujer pero otro fuego surgió de esas armas y me desplomé.

Desperté en un calabozo atado en las muñecas por correas de un hierro delgado. Estaba vestido con un manto verde claro con insignias en el frente y en la espalda, noté sorprendido que las heridas hechas por esas armas habían desaparecido, otro hombre estaba en mi celda pero nos ignoramos. Alcancé la única ventana -supe que estaba en un sótano- y descubrí a través de sus hierros a varios de esos guerreros de armas extrañas y a otros vestidos de negro que deberían ser sacerdotes. Estaban invadiendo mis tierras, quizás todas, pero lo que más me llamó la atención fueron las innumerables semicruces calcinadas que llenaban el paisaje.

Al atardecer apareció el forastero con dos guerreros, pero con el mismo manto negro que los demás sacerdotes. Me preguntó si aceptaba a su dios, yo ya había prometido no contestarle a esa pregunta otra vez y guardé silencio. Me dijo que volverían mañana, de que todo este trabajo era necesario y que tarde o temprano se agradecería a la iglesia por este bien como fue agradecido en el tiempo en una tierra que llamé América. Se fueron y el hombre que estaba conmigo dentro de la celda me dijo indiferente que volverían durante tres atardeceres a hacerme esa pregunta y que tres son las noches que vendrían para llevarme hacia el “Ragnarök”. Le pregunté a qué llamaban con ese nombre sagrado.

—Así llaman —me dijo— al lugar donde torturan. Ayer he estado en ese lugar, creo que hoy moriré en él.

—¿Y al cuarto día qué pasará? —le pregunté.

—Si no traicionas a Odín y si sobrevives, serás una de esas cruces que adornan el afuera. ❏



# Cnosos

Por Sergio Ortiz

*PERSONAJES*

*Doro  
Fredo  
Maestro  
Teseo*

## ACTO ÚNICO

## ESCENA

*Por la boca del laberinto ingresa un gélido viento que se propaga por los pasillos. Es el invierno una época cruel para los prisioneros, los más experimentados lo saben. Por la noche el frío se torna peligroso; a manera de protección los agredidos duermen en formación de tortuga -luego la usarían los romanos en la guerra-. Ya por la mañana los grupos se deshacen, se separan en busca de nuevos integrantes.*

*Fredo y Maestro han pasado la noche en el jardín central para recibir el sol de la mañana. Doro emerge de uno de los pasillos y se aproxima.*

DORO. — (*Frotándose los brazos.*) Qué noche despiadada.

FREDO. — Silencio, Doro, Maestro duerme.

DORO. — Perdón, lo he visto sentado y pensé...

FREDO. — (*Irónico.*) ¿Tú? ¿Pensar? Solo vives por el calor de la sangre.

MAESTRO. — Tranquilo, Fredo. Si algo me turbó fue tu voz iracunda.

FREDO. — Perdón, Maestro.

MAESTRO. — (*Levantándose.*) ¿Acaso no ven el sol? ¿No se sienten abrazados por su majestuosidad? (*Lava su cara en la fuente.*) He tenido, en mi antigua vida de príncipe, tantos cuidados y placeres que sería imposible contarlos. Sin embargo puedo asegurar que en la ceguera del disfrute no supe comprender mi situación de esclavo y prisionero de esos mismos placeres. Solo cuando fui recluido entre estos muros comprendí que era libre, del vino y la gula y el sexo. De todo aquello, que es efímero y perece, me ha quedado el sol. ¡Oh, el gran Apolo nos baña cada mañana!

*Fredo, con fastidio, se aleja unos metros.*

DORO. — Maestro, ¿por qué se enojó Fredo?

MAESTRO. — Ha perdido la fe en los dioses.

FREDO. — (*Vuelve.*) Los dioses son creaciones de los hombres para dominar a los hombres. Y si acaso existen son tan tiranos como los mortales. ¿Ya olvidaron el asedio a la Troya de Príamo, El juicio de París? ¿Olvidaron el rencor de Palas hacia los troyanos?

DORO. — Escuché, también, que la misma Afrodita participó en la guerra para ayudar a su protegido París.

MAESTRO. — Ambos confunden, como muchos, a los dioses con los mitos que ha creado el vulgo. No ha participado ningún dios en Troya, sino la avaricia del propio hombre. No ha retrasado Poseidón ni Eolo el retorno del magnífico Ulises, lo ha hecho su deseo de conquista, ni tampoco Circe fue bruja por creer en promesas de amor. El hombre hizo de los mitos una justificación de sus propios males.

*Los tres permanecen dubitativos.*

FREDO. — Si fuera por esos mitos usted, Maestro, sería una especie de...

MAESTRO. — (*Con pena.*) No lo digas. Es un apodo horrible. Dime Maestro o nada, pero no pronuncies aquella invención absurda.

DORO. — (*Extrañado.*) ¿Qué apodo?

FREDO. — (*Se sienta.*) Maestro fue el primer habitante del laberinto. Cuando me trajeron, hace unos años, él ya estaba. Jamás supe por qué lo encerraron, aunque sé la historia absurda, es decir, el mito.

DORO. — (*Excitado.*) ¡Cuenta, quiero saber!

FREDO. — (*Resignado.*) No es debido que lo cuente. En su momento, cuando él crea preciso, lo revelará. Por mi parte puedo decirte que, como todos los que están aquí, me levanté contra el rey de Atenas, Egeo. Su hijo se enteró de nuestro plan y le informó a su padre. Quizás por eso rechaza a los dioses, ¿cómo permiten que un hombre se crea capaz de dominar a otros hombres?

DORO. — (*Comprensivo.*) También soy ateniense. Nuestra patria está pasando por una gran miseria. Realmente no tenía intenciones de levantarme contra Egeo, solo me quejé porque él goza de una gran vida a costa nuestra. Claro está que fui escuchado y por consiguiente recluido.

*Maestro, que escuchaba atentamente ambas historias, se pone de pie para hablar.*

MAESTRO. — Los he escuchado. Debo decir que sí, soy el primero en caminar por estos fríos y tenebrosos pasillos. Yo soy hijo del gran Minos, rey de Creta. Disfruté mi condición de príncipe cuanto pude, sin embargo, cuando comencé a despertar a la realidad dejó de gustarme esa vida y recriminaba a mi padre que el tiempo de los reyes debía terminar, que aquello era absurdo y primitivo. Él escuchaba y reía. Hasta que un día le dije: "Cuando mueras y yo ascienda al trono, terminaré con todo esto". Furioso, me insultó de mil maneras y terminó por rogarme que fuera un poco más como el hijo de Egeo. Yo tenía, en ese tiempo, apasionantes discusiones sobre política y filosofía con Dédalo. A los ojos de mi padre aquello era peligroso. Una noche fui a dormir, a la mañana siguiente desperté aquí.

DORO. — (*Sorprendido.*) Claro, escuché esa historia, aunque en otra versión. En la que usted...

FREDO. — (*Furioso.*) Por favor, calla, no debes decir ese nombre aquí.

*Por uno de los pasillos del jardín ingresa Teseo. Enarbola una espada con la mano derecha, en la izquierda lleva un escudo decorado con diamantes.*

TESEO. — He venido a dar muerte al Minotauro. Aquel que se interponga compartirá su destino.

MAESTRO. — Llegaste, Teseo. Te esperaba. Imagino que te envió mi padre.

TESEO. — No tienes derecho a llamarlo padre, tú eres una bestia, un traidor. Te has rebelado contra el deseo de los reyes y de los mismos dioses.

MAESTRO. — Ya basta, Teseo, no quiero escuchar a mi padre ni al tuyo. Tú no eres más que una simple reproducción de ellos. Así que mátame.

DORO. — (*Con valentía.*) También a mí.

FREDO. — (*Con valentía.*) A mí también.

TESEO. — (*Con ironía.*) No se preocupen, los mataré a todos y diré que los comió el Minotauro. Será una historia interesante para el vulgo. ■

## TELÓN

# Pajaritos

Por Paula Aros

**É**l lleva pajaritos en sus bolsillos. Y yo lo amo (cómo no hacerlo si lleva pajaritos en sus bolsillos). Nunca los veo, pero puedo oírlos. no quiero parecer una loca. Él sabe muchas cosas y creo que son los pajaritos quienes le cuentan esas cosas. Cosas del mundo. Cosas de las personas. Siempre cantan y yo me alegro. No sé por qué, supongo que porque creo que son felices, pero ¿si no lo son? ¿Y si realmente no cantan, sino que piden ayuda? Ahora tengo miedo. Miedo de él, no

de los pajaritos, obviamente. ¡Qué culpa podrían tener ellos! Pero él dice que me ama. Y yo lloro. Pobres pajaritos. Debo liberarlos. Cuando duerma los liberaré. Pero me doy cuenta de que nunca duermo. Se queda despierto atrapando pajaritos. Ya no estoy triste. Tengo rabia. Le pregunto por qué lo hace y me contesta que necesita de los pajaritos para ser feliz. Más pajaritos, más feliz es.

—¿Y yo? —le pregunto—. ¿Yo no te hago feliz?

—Lo hacías cuando eras un pajarito. ■





# **Monte de leños: Un vals**

**Por M.M. Álvarez**

Lo que también recuerdo son las nueces. Sí, el suelo tapizado de ellas, y de Pirandello, claro, un chasco siendo vos tan letrada. Recuerdo que me pasaste la taza con aire ausente y recuerdo el vapor ascendiendo del líquido espeso y negruzco, como también del roce de nuestros dedos en el acto de transición de aquella porcelana. Algo turbaba lo laberíntico de tu mente y aunque concertamos una cita -si es que puede llamarse cita a un desesperado grito de auxilio-, esquivabas mi mirada como una niña avergonzada. Estabas como quien esconde un secreto, temiendo por ese pernicioso efecto que surte el compartirlo. Querías hablarme de algo pero tardabas en sondear el asunto. Le dabas vueltas y más vueltas, y si yo no te decía *Inés, las cosas son como son*, de seguro ibas a estar el resto de la tarde atragantándote con la acidez de ese mejunje personal.

Arrimaste una bandeja con voladitos y gallitos portugueses, y por encima de ésta una cerúlea pila de scones caseros. Bajo el fuego de aquel sol sin nubes, traspasando las flacas ramas del nogal y robándoles destellos a los azulejos incrustados en la mesa, tomamos el café más fuerte y negro de nuestras vidas.

Esa mañana llamaste y yo pataleé en la cama, tratando de huir de sábanas constrictoras que parecían querer asesinarme. Tanteé en la oscuridad y guiado por la costumbre hallé el teléfono no en la mesa de luz como debería haber estado, sino en el suelo, sobre la alfombra. Y lo más gracioso es que había ido a parar a la horma de uno de mis zapatos. Lo saqué de allí y me sorprendió su tibieza: o mi mente lo reconoció así por haber estado resguardado entre las paredes de cuero o la batería pugnaba por derretirse. Contesté con voz ronca y mientras te escuchaba refregué la baba seca que me surcaba la mejilla izquierda como el camino de un caracol. Bastó un sencillo *Necesito verte* para que yo tomase el abrigo y pusiera pies en polvorosa hacia la parada de colectivos más cercana. Son unas nueve cuadras hasta los arcos de Monte de Leños y al ver que el 238 se demoraba bastante opté por caminar todo el trayecto. Puede que yo, apurando el paso, cerrado deliberadamente a todo tipo de sensaciones que pudieran alentar mi llegada a tu hogar, me haya mantenido en una completa ceguera, a una distancia propicia

de la mordida del universo, porque nada significativo ocurrió durante el camino.

Cuando el reloj de monigotes que heredaste de tu madre marcó las tres exploté de hartazgo, y sin querer te miré con desprecio. Fue algo fugaz pero terrible, y me arrepentí al instante, ya que justo levantaste la mirada y tus ojos se posaron en los míos por primera vez desde que me abriste la puerta.

*Nunca se lo conté a nadie*, me dijiste. *¿El qué?*, te pregunté, atropellado, con las encías inundadas de aquel café frío por la dulce espera de tus palabras. *Lo del mogólico*. Y quedé boquiabierto al descubrir que semejante denominación formaba parte de tu vocabulario. *Esa palabra no se usa, Inés*. Te recliné y volviste a parecerme una niña aturdida, aunque los cuarenta y tantos ya habían clavado sus largas uñas y hecho estragos en tu rostro. *Bueno, el tipo especial que invitaron a mi cumpleaños*. Yo ignoraba magnánimamente a lo que te referías cuando arremetiste con un: *Vos también estabas ahí*. Y esa inclusión fue como arrojarme un balde de agua helada sobre la nuca, como extirpar una memoria hace mucho tiempo tirada a la basura y devolverla al hueco reservado en mi cabeza. Sin previo aviso, sin una mueca desagradable que actuara como antesala al dolor, te me pusiste a llorar. Me levanté y sentándome a tu lado quise rodearte con el brazo, brazo que volvió rápidamente a su lugar por medio de un excelente manotazo.

*Las cosas son como son porque yo así lo quise*, dijiste, parafraseándome.

Estaba sulfurado y ansioso por obsequiarte con una pésima despedida y un sonoro portazo. Me levanté de nuevo.

*No, quedate por favor.*

*Explicate o me voy.*

*Está bien.*

*¿Está bien qué? ¿Me voy?*

*No, quedate. Tengo que contárselo a alguien o me mato en el baño. Rápido, sin molestar a nadie.*

De pronto la Inés madura expulsó los vestigios de la niña y comencé a preocuparme. Ahora lucías cansada, y hasta podría decirse, constipada. Revolví entre las porquerías de mi bolsillo y saqué un paquete de Pall Mall. Te ofrecí uno, sabiendo que no fumabas pero sabiendo que aceptarías. A veces para afrontar ciertas situaciones necesitamos ser algo más, una especie de

fraude controlado, aparte de nosotros mismos. Nos echamos el humo a las caras y envueltos en una confusa nube de alquitrán me contaste el verdadero motivo de mi presencia, allí, en el patio de tu casa.

*La dulce fiesta que no fue ¿suena bien? No sé ahora, pero en aquella época, cumplir los quince años era el evento más relevante en la adolescencia de una chica. Y para mí, ciertamente lo era.*

*Hasta el día de su muerte, mis padres fueron grandes devotos de la iglesia católica e invitaron, sin mi consentimiento cabe decir, a un hombre que apenas conocían pero que de forma inusitada logró tocar sus corazones. El tipo en cuestión trabajaba en la Unión Ferroviaria y además de esposa e hijos tenía un claro retraso madurativo. Oligofrenia, lo llamó mi padre durante una cena, y yo casi que me desternillo de risa pensando que, no sé, alguna enfermedad típica de la aristocracia se había puesto a joder en el cuerpo de un sindicalista. La cosa es que le abrieron las puertas a sus pudorosas vidas y a partir de ahí formó parte tanto de la congregación como del coro de la iglesia.*

*Mi primera impresión al verlo ingresar al salón que habíamos rentado fue de un absoluto alivio. Días atrás, cuando aseguraron su presencia, desfilaron ante mí los más inquietantes perfiles, y no voy a negar que me entró el pánico por la obvia inexperiencia de tratar con gente así... especial ¿está bien cómo lo dije? Y sobre todo me abrumó el odio, un odio congruente por el hecho de haberme puesto a prueba justo en la que iba a ser mi gran noche. Entonces las preocupaciones se esfumaron al estudiarlo de arriba abajo. En ese preciso momento volví a creer que podía disfrutar de verdad la ceremonia. Estaba muy bien trajeado e iba del brazo de su esposa. Cuando me llevaron a saludarlo sentí aquel intenso perfume... a hombre. No hablo de desodorante estilo "Macho del año", sino de piel. Yo esperaba otra cosa, como olor a pis.*

(No quise interrumpirte, Inés, pero la necesidad ardía en mi boca.)

*¿Y qué te lleva a contarme esto, ahora, después de tantos años?*

*Tchaikovsky, me respondiste, y un sueño que tuve. Luego te alejaste con la bandeja, y haciendo de cuenta que el café jamás estuvo en los planes, trajiste dos vasos de vidrio, labrados y puntiagu-*

**“Parecías querer hundirte, ahogarte en el dantesco abismo circular del vaso frente tuyo. Tomaste mi mano y la estrujaste. Inconscientemente bajaste la voz”.**

dos, con una botella de whiskey como un faro de oro entre todos los gallitos portugueses. De un puño escarchado largaste varios cubos de hielo y con parsimonia los hiciste parte del ritual. *Lo fastuoso de tus movimientos, pensé encantado. Luego de un sorbo proseguiste.*

*Nunca quise hacerlo. Digo, lo de bailar con él. Pero estaba en juego mi integridad. Y si no fuese por la insistencia de mi padre yo me habría hecho la grandísima idiota y fingiendo cansancio o una fractura de tobillo podría haber salvado mi alma. (Pese a la inolvidable comicidad de tus palabras hiciste una pausa eterna al descubrir lo acertada que estabas.)*

*Podría haber salvado mi alma, sí, pero los invitados solicitaban a la del cumpleaños y yo no tuve otra que dárselas.*

Desconocía hacia dónde me llevabas con aquello de que “en esos días salía con el ruso, y aunque éramos chicos ya habíamos tenido nuestra primera vez”, hasta que la cadencia de tu narración se tornó grave y el flequillo te ocultó el rostro. Parecías querer hundirte, ahogarte en el dantesco abismo circular del vaso frente tuyo. Tomaste mi mano y la estrujaste. Inconscientemente bajaste la voz.

Al principio pensé que era algo normal, algo de mi vestido o en la hebilla de su cinturón que se interponía entre nosotros. Noté que la molestia persistía y me refugié en desplazamientos cortos pero rápidos. Todo pasó como en cámara lenta: mi estupor y el advertimiento. Lo que sea que sentía había crecido considerablemente. Y lo que duró el baile duró el bulto macizo en sus pantalones.

(La vida, enemiga a medio tiempo de los silencios incómodos, hizo que uno de los hielos se derritiera y chocara contra el cristal. Agradecí a la providencia por eso.)

*El estruendo de los aplausos a mi alrededor se volvió ensordecedor; los focos me calcinaban, y puedo jurar que escuchaba la carne tirante de todos los labios convertidos en sonrisas: era como oír quebrarse papel viejo. Y sucedió algo. Me asombró la complejidad y la duración. Quise saber lo que sería tener su cosa en mis manos. Porque daba miedo saber lo que sería tenerla dentro. Sentí curiosidad solo por sujetarla, por pesarla. ¿El tacto sería tan diferente a la del ruso? En grosor, no había duda, haría falta utilizar la fuerza, ¿pero en tersura? ¿Habría delicadeza o un enramado de henchidas venas? Era admirable. Y de repente, todo eso, tal como vino se escabulló como una rata, una rata enorme. ¿Qué estaba pensando? Me hervía la cara de haber sido capaz de acuñar tan descarnado pensamiento. De excitarme el perro faldero de mis padres, teniendo en cuenta que mi pareja de ese entonces era alguien joven, apuesto, y sobre todas las cosas, normal. No me pongas esa cara, ya sé lo que dije. Pasó que en respuesta a mi confusión nuestros cuerpos se separaron.*

(Y no me costó imaginarte, Inés, por dios que no. Reproduje la escena, poética, obscena, a través de la persistencia retiniana de un fenaquistiscopio. Te vi entregada a los brazos de un desconocido: la pequeña Clara Stahlbaum, quien clava sus ojos en el desprolijo vaivén de los pies del Cascanueces, mientras el Vals de las Flores apunta a su cenit y los espectadores saborean el descarnado surco de tu gracia. Todo Tchaikovsky estaba allí, los violines, las flautas, los oboes, en cada sombra, en cada respiración.)

*Y para purgarme de ese bochorno, para quitar-*

**“Eras chico, continuaste, pero seguro te acordás de la gente corriendo hacia afuera del salón y los gritos...”**

*me de encima la mugre, acudí a mis primos, quienes habían permanecido sentados, con la mentira más impúdica que se me pudo ocurrir: les dije que me había tocado un pecho. No, tocado no, apretado. Así, sin remordimientos, conociendo el desafortado carácter de cada uno, augurando lo que sucedería. El problema fue sin duda que en ningún momento circuló por las mesas detalle alguno de su condición, de que a pesar de su soltura era un retrasado. Pasó inadvertido. Y mis primos, bueno, ellos no lo supieron hasta después. ¿Hernán y Julio? ¿Los gemelos? Te pongo al tanto, eran y son enormes, dos heladeras con brazos y cabello rizado, e intuí cómo sería su reacción ante mi denuncia. ¿Me entendés? Apelé a su amor por mí. Y allí estaba yo, una sádica, una quinceañera sádica y católica. Entre el llanto y la demencia.*

*Eras chico, continuaste, pero seguro te acordás de la gente corriendo hacia afuera del salón y los gritos. Lo único que pude ver fue a una muchedumbre intentando parar a esos dos y al tipo en el suelo, reventado. Las patadas habían hecho aflorar de sus orejas como desperdicios.*

(Luego buscaste el sacramento, la extremaunción. Solté tu mano no por buscar agresividad sino por conveniencia. ¿Qué podía decirte? ¿Debía decirte algo? Acaricié la leve esperanza de que te hubieses equivocado, siendo este un mero ardid ideado en la media hora que me tomó llegar a los arcos, y que a continuación vendría la historia verdadera, una en la que no tuvieses preponderancia por las descripciones de cierta parte masculina. Desbaratada la vanguardia creada en contra de tu discurso, no pude más que alejarme, incrédulo. Y tomando una de las tantas nueces desparamadas entorno al nogal la machaqué con ganas, reflexionando al ver el seco cerebritito escurriéndose de la cáscara, y salí con que Pirandello tenía una frase realmente hermosa. ¿Pira cuánto?, soltaste.)

A la vuelta no pude caminar, me temblaban las piernas. Jugué a ser el fuerte el tiempo que pude. Abatido por la cruda y despiadada revelación esperé al 348. Odié no poder haber hecho algo más por vos como odié por igual los pensamientos que se vuelven furiosos en contra de uno.

La culpa era compartida. Pero en lo que a mí respecta, puede que ya no te quisiese tanto como antes. ■



## La justicia del periodista

Por Pablo Rodríguez Ortiz

Cuán terrible debe ser que a pesar de probar y tener las evidencias certeras de un crimen perpetrado por un gobierno o sus funcionarios la justicia nunca llegue. Ese era el sentimiento de Rodolfo Walsh muchos años después de escribir *Operación Masacre*. El libro que decididamente le cambia la vida. Walsh, en 1957, venía de un círculo antiperonista e intentaba acercarse a la élite intelectual de la época siendo escritor de algunos cuentos, pero desde el momento que escuchó “Hay un fusilado que vive” estuvo destinado a escribir el libro que para nosotros es considerado la primera novela testimonial o de No Ficción, aunque el género como tal sería nombrado 10 años más tarde con la publicación de *A sangre fría*, de Truman Capote. Rodolfo Walsh se había adelantado diez años a todo un paradigma que iba a cambiar el relato periodístico.

Dividió *Operación Masacre* en 3 partes: los personajes, los hechos, la evidencia. Y así darle al lector la apariencia de estar leyendo capítulos de una novela que termina interconectada. El principal antagonista es el teniente coronel Desiderio Fernández Suárez, jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, quien dio la orden “A los detenidos de San Martín, que los fusilen” y que es acata-

da por el comisario inspector Rodolfo Rodríguez Moreno a las 5:30 am del 10 de junio de 1956 en un basural en José León Suárez, pero de las 12 personas que debían morir aquella noche 7 sobrevivieron. Lamentablemente la conmoción que genera *Operación Masacre* no alcanza para que Fernández Suárez sea juzgado e incluso en el 2001 cuando murió el teniente coronel a los 92 años de edad algún familiar dijo que él no se arrepentía y creía haber obrado bien.

Entre junio y diciembre de 1958 Walsh escribe el *Caso Satanowsky*, referido al asesinato del abogado Marcos Satanowsky que representaba a los dueños del diario La Razón, por el cual había una disputa legal con el Gobierno. Es otro caso que termina sin condenas. Otra vez gana la angustiosa realidad de saber que quien tiene el poder escribe la historia. Pero Walsh no se detiene a pesar de las derrotas, vendrán años de viajes a Cuba y luego en 1968 su siguiente investigación que culminará en el libro *¿Quién mató a Rosendo?*, desde su lado literario puede ser visto como su crónica mejor escrita y con un título clásico de novelas policiales. Aquí su mayor enemigo será Augusto Timoteo Vandor. El líder sindicalista de la Unión Obrera Metalúrgica que asesina por la espalda a Rosendo García en un episodio en el bar



Poster de la película de 1972 dirigida por Jorge Cedrón. Cuenta con la actuación de Julio Troxler, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos de José León Suárez.

“La Real” de Avellaneda donde también son asesinados Domingo Blajaquis y Juan Zalazar. Los homicidios quedarán impunes, pero en junio de 1969 Vandor será ajusticiado a cinco balazos en la sede de la UOM por un grupo de personas. Dos años más tarde la organización guerrillera Ejército Nacional Revolucionario (ENR) se adjudicará el ataque como “Operativo Judas”. Desde el primer momento se intentará ligar a Walsh con la muerte de Vandor y eso hizo que el escritor tuviera que esconderse por un tiempo. Varios historiadores concuerdan hoy en día en atribuirle el asesinato de Vandor a Dardo Cabo, periodista y militante que formaba parte de la organización armada Descamisados.

Son largos años en los que las vías normales de la justicia no funcionan, y quién pudiera creer en la justicia si solo funciona para unos pocos. Por ello no es difícil entender cómo Walsh llega a vincularse con el Peronismo de Base y las organizaciones armadas a pesar incluso de no considerarse peronista. Su idea siempre fue que el pueblo iba a liberar al pueblo y no había razón para esperar a un líder. «Nosotros le decíamos traidores a ellos, a los Vandor, a los Matera, a los Remorino. Pero los traidores éramos nosotros. Porque Perón siempre los apoyó a ellos». Estas declaraciones lo alejan de la organización Montoneros en 1974.

Ya durante el primer año de la dictadura de Jorge Rafael Videla crea la Agencia Clandestina de Noticias (ANCLA) para contrarrestar la falta de información. Ese mismo año asesinan a su amigo Paco Urondo y su hija se quita la vida antes de que la secuestren. El 25 de Marzo de 1977 le llega su turno. En épocas donde lo justo es lo conveniente al más fuerte, él luchó con la palabra. En su *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar* cierra con una frase que resume toda su vocación periodística: “Dar testimonio en momentos difíciles”. Increíble abreviación del trabajo de informar, trabajo que le costó la vida.

#### ADAPTACIONES Y HOMENAJES

En 1972, durante la dictadura de Lanusse, se filma en clandestinidad la película de *Operación Masacre*, dirigida por Jorge Cedrón. Walsh coescribe el guion y cuentan con la participación de Julio Troxler, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos. Se exhibe comercialmente recién

en septiembre de 1973. La película es histórica, retrata los hechos y cuenta con un mensaje al pueblo peronista de parte de Julio Troxler. Pasarán más de 40 años hasta que la investigación de Walsh se convierta, en 2017, en otro libro: *El negro corazón del crimen*, de Marcelo Figueras, que reconstruye los meses en los que Rodolfo Walsh y Enriqueta Muñiz se adentran, desfiguran y revelan los fusilamientos de José León Suarez. Pero no solo eso, desdibujando la realidad y la ficción lo que nos cuenta es la historia no contada de un escritor que se convierte en detective, de un romance entre colegas, de un compromiso con la realidad. Enriqueta nunca dio muchos detalles sobre esos meses trabajando con Walsh aunque sí aceptó que hubo un romance, poco tiempo antes de su muerte en 2013.

En 2015 la TV pública homenajeó a Rodolfo Walsh adaptando sus cuentos en una miniserie de 13 capítulos llamada *Variaciones Walsh* con un elenco de grandes actores: Nicolás Cabré, Darío Grandinetti, Luis Luque, Soledad Villamil, Gonzalo Heredia, Sofía Castiglione, Paula Marul, Luisana Lopilato, entre otros. El director fue Alejandro Maci y con Esther Feldman adaptaron los cuentos: “La aventura de las pruebas de imprenta”, “La sombra de un pájaro”, “La trampa”, “Cosa juzgada”, “En defensa propia”, “Transposición de jugadas”, “Variaciones en rojo”, “Las tres noches de Isaías Bloom”, “Los dos montones de tierra”, “Zugzwang”, “Nota al pie” y “La máquina del bien y del mal”.

En 2016 Daniel Ritto estrena la película *Rodolfo Walsh, la revelación de lo escondido*. Es una versión cinematográfica en blanco y negro de su obra unipersonal donde recorre las dimensiones del escritor, el militante y el padre, y recrea en imágenes los momentos de la vida y los hechos que marcaron a Walsh. Es una obra poco renombrada, difícil de conseguir, pero que brinda un homenaje que claramente no va a estar a la altura de otras grandes obras del cine que retratan a periodistas o escritores como *Todos los hombres del presidente* (1976), *Capote* (2005) o *Zodiac* (2007), principalmente por no contar con el respaldo de una industria que mueve millones de dólares pero contiene el mismo amor por el personaje histórico y el legado que representa. ■

# Las creaciones de mi "Lela"

*Todo en crochet*



1123421345

# entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS  
IMPRESIONES  
**LASER**  
COLOR & B/N

VINILOS  
*decorativos*

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

**TAZAS, JARROS, MATES**  
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

**ESTAMPADOS**

SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

**FOLLETOS | TALONARIOS**  
BOLSAS | SOBRES | IMANES

**GRAN FORMATO**  
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS  
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD  
OBRA & VEGETAL  
{ **1 METRO DE  
LANCHO** }

*diseño de*  
**VIDRIERAS**  
**CARTELERÍA**

MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR  
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ  
[www.entretintas.com.ar](http://www.entretintas.com.ar)

[entretintasdg@gmail.com](mailto:entretintasdg@gmail.com)



011 38898869

02227 467530